72



SINFONÍA EN LÜGER SOSTENIDO

W. SAMPAS

SERVICIO DE EJECUCIONES

W. SAMPAS SINFONÍA EN LÜGER SOSTENIDO

SIP

SINFONÍA EN LÜGER SOSTENIDO



Sinfonía en Lüger sostenido

Por

W. Sampas



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

Depósito legal B. 14088 - 1961
Número de Registro: 1578 - 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

SINFONÍA en LÜGER SOSTENIDO



CAPÍTULO PRIMERO



E verdad que no vas a venir conmigo a Washington?

Carlo sonrió, pero su sonrisa no tenía nada que ver con la pregunta que le había hecho Doe. Éste, frunciendo el ceño, echó una nueva ojeada hacia abajo, donde la tierra desfilaba más allá de las alas del avión-cohete de pasajeros en el que viajaban.

Carlo seguía sonriendo.

Tenía el periódico abierto de par en par y sus ojos leían ansiosos los sabrosos comentarios que un redactor deportivo hacia sobre el combate anunciado para aquella misma noche, en el Circus Park de Los Ángeles.

Experimentó ganas de fumar, sacó un cigarrillo y lo encendió; luego miró a Doe y preguntó:

—¿Decías algo antes?

Dink se encogió de hombros.

—¡Bah! Ya he perdido demasiado tiempo hablando contigo; creo que es igual que dirigirme a una piedra.

—No te pongas así. Ya sabes que cuando leo algo de esto me olvido de todo lo demás.

—¿Incluso de la Fiesta de la Central?

—También.

Doe se asombró.

—Nunca has faltado, Carlo. ¿Por qué ahora?

El otro golpeó el periódico.

—No puedo, Doe; de verdad. ¿Te imaginas una pelea entre Dyson e Irimesku?

—No los conozco.

—Porque vives en las nubes. ¡Es el combate del año!

—Ya sabes lo que pienso del boxeo: todo es tongo.

—¡No hables así, por favor! Es posible que se haga alguna trampa de vez en cuando, pero no siempre. Y nunca en combates como éste.

—Tú mismo me dijiste un día que, no había más que "tongo".

—Debía tener dolor de muelas ese día.

Doe sonrió; pero luego, muy serio, preguntó de nuevo:

—¿De veras que no vas a venir a la Central?

—No puedo. Le dices al "Viejo" la verdad. Ya sabes que no le gustan los tapujos. Además, hablándote con franqueza, no me gustan esas reuniones de la SIP, que cada año son lo mismo: una comida fraternal, vista de ejercicios gimnásticos realizados por los alumnos de la última promoción, conferencias, más actos, más comidas, visitas de los personajes del Consejo Mundial... ¡Me lo sé de memoria!

—De todos modos, tu falta va a notarse.

—¿Tú crees?

—Desde luego, será una desgracia o una suerte, pero tú y yo somos el "Servicio de Ejecuciones" y ya sabes que despertamos, lo queramos o no, una expectación siempre renovada.

El portugués torció el gesto.

—¡Desde luego! Llegará un día en que tendrán que meternos en una jaula, para que los visitantes tengan más emoción. Y pondrán un letrero sobre los barrotes, que dirá aproximadamente esto: "¡Atención! Doe y Daveira, los hombres que no perdonan. ¡Cuidado, muerden! ¡No se acerquen...!".

—No le veo la gracia.

—Ni yo tampoco, pero será así; te lo aseguro.

—Como quieras. Pero, en definitiva, eso quiere decir que sigues viaje a Los Ángeles, ¿verdad?

—Verdad.

—El combate es esta noche, ¿eh?

—Sí.

—Luego mañana podrás estar de vuelta en Washington.

—Desde luego. Eso es otra cosa. En cuanto haya visto a Irimesku partirle el hígado a Dyson, estaré a la disposición de todos los curiosos que visitarán

la SIP en estas fiestas.

Doe suspiró.

—Está bien. Le diré al "Viejo" que has ido al combate y que volverás mañana.

—Eso es. Callowan comprenderá.

—Suerte la tuya que comprende siempre.

—Es una buena persona. Un poco gruñón, pero excelente en el fondo.

La azafata les interrumpió:

—Señores pasajeros para Washington: hagan el favor de prepararse. Estamos llegando.

—¿Ya? —inquirió Carlo.

—Ya lo has oído —repuso su amigo, sonriendo—. Ha llegado el momento de separarnos.

—Por unas cuantas horas. ¡No vayas a echarte a llorar!

—¿Yo? En el fondo, lo creas o no, estoy contentísimo de poder librarme de tu presencia, aunque desdichadamente sea por tan poco tiempo.

—¡No puedes mentir! Te sienta muy mal...

Rieron.

Doe, que ya estaba poniéndose en pie, recomendó a su compañero:

—No discutas con nadie, Carlo. Venza quien venza, sé deportivo y admite la derrota.

Daveira se amoscó.

—¿Cómo? ¿Insinúas que el rumano va a perder el combate?

—¿No entra dentro de lo posible?

—¡Claro que no! Escucha, amigo... Irimesku es presentado por un tipo al que no le gustan los enjuagues ni las trampas. Harold Rihl será lo que se quiera, un granuja que, como todos los empresarios, va detrás del dinero, pero sus "muchachos" boxean bien y no admiten nada feo. Sin embargo, el otro púgil, Fred Dyson, es un protegido de Sam Kerr.

—¿Y quién es ése?

—Un granuja de tomo y lomo. Un sinvergüenza que no piensa más que en llenar las salas de espectáculos, sea como sea, llevando al mismo tiempo las apuestas. Con tal de ganar, es capaz de cualquier cosa.

—¡Cuando yo te decía que ir a ver el combate era ganas de perder el tiempo!

—No lo creas. Irimesku ganará y esto demostrará a la afición que el boxeo puede salvarse aún de la crisis que está atravesando.

El avión estaba aterrizando ya.

—Bueno. Lo importante es que lo pases bien. Pero vuelvo a repetirte que

no armes trifulca con nadie. Te conozco muy bien y sé que eres demasiado nervioso y apasionado.

—No te preocupes, Doe. Lo malo es que no veré más que dos o tres asaltos... después de pagar trescientos pavos por una entrada de *ring*.

—¿Tan poco durará ese Dyson?

—Sí. El rumano lo tumbará en cuanto el otro se descuide; pero se puede pagar cualquier cosa por ver eso.

La azafata intervino de nuevo.

—Los señores viajeros para Washington han llegado a su destino. Hagan el favor de salir...

Los dos amigos se estrecharon la mano.

—Hasta mañana, Daveira.

—Hasta mañana, Doe.

Dink abandonó el aparato, dirigiéndose hacia el edificio del aeródromo. Se volvió, antes de atravesar la puerta, viendo que Carlo, desde el avión-cohete, le hacía un gesto de despedida a través del ojo de buey.

Doe levantó la mano y saludo al portugués.

Momentos después estaba en el taxi que le condujo a través de la ciudad hasta la Central de la SIP. Cuando el vehículo le dejó en el interior del parque, ante la puerta del edificio en el que estaban situadas las oficinas y la dirección del Servicio, Doe no pudo evitar aquella extraña emoción que experimentaba cada vez que llegaba allí.

Era imposible escapar a los recuerdos de su estancia allí, en la Escuela de agentes, ya hacía mucho tiempo, cuando junto a Carlo estaban muy lejos de imaginar que un día iban a trabajar juntos, formando el equipo más terrible de la Spacial International Police.

En efecto, al principio habían trabajado separados, cada uno por su lado. Hasta que el jefe de la SIP, el formidable Donald Callowan, resolvió formar un equipo destinado a castigar, sin piedad ni perdón, a los que atentasen contra la vida o la integridad de los agentes.

Así nació el equipo formado por Doe y Daveira: el justiciero “Servicio de Ejecuciones”, que se encargaba, exclusivamente, de buscar a los asesinos de agentes y eliminarlos, evitando gastos de proceso y juicio al Consejo Mundial.

Desde que aquella pareja entró en acción, pocos eran los bandidos que se decidían a atacar a los hombres de la SIP; pero, de vez en cuando, la ceguera de los criminales les llevaba a hacerlo y entonces, como una máquina destructora, se ponía en marcha el “Servicio de Ejecuciones”, no deteniéndose hasta que se hacía justicia.

Dink penetró en el amplio “hall” dirigiéndose hacia el despacho del recepcionista que, al conocerle, le sonrió:

—¡Buenas tardes, señor Doe!

—Hola, muchacho. ¿Quieres anunciarme?

—Enseguida.

Momentos más tarde un ascensor llevaba a la planta donde estaba situado el despacho del jefe. Al penetrar en la estancia, Callowan se levantó, estrechando cordialmente la mano del recién llegado.

Después, frunciendo el ceño, preguntó:

—¿Y Carlo?

—Ha seguido viaje a Los Ángeles, señor. Quiere asistir a un combate de boxeo.

Callowan sonrió.

—¡No cambiará nunca!

—Ha prometido venir mañana en el primer avión, señor.

—Está bien. Siéntate... ¿un cigarrillo?

—Gracias, señor.

Lo encendió, mientras Donald fumaba uno de sus clásicos habanos, cosa que no solía hacer cuando estaba realizando algún trabajo importante. Era una costumbre, o un rito, que todo el mundo conocía: una prueba más de la entereza y de la fuerza de voluntad de aquel carácter férreo.

—Ha sido una suerte —dijo Callowan— que no tengamos muchos asuntos importantes en estos momentos, lo que nos ha permitido hacer venir a la inmensa mayoría de los agentes. Por primera vez y desde hace muchos años, vamos a estar reunidos casi todos.

—Me alegro, señor.

—Yo también, Doe. Gusta tener, aunque no sea más que por un par de días, a todos los que pelean por la misma causa, junto a nosotros, muchos de ellos llegados desde muy lejos, después de una ausencia de varios años, ya que nunca pudimos reunirlos a todos.

—Lo comprendo.

—Por eso quiero que esta fiesta sea mejor que todas las que la precedieron. ¡Será histórica, te lo aseguro!

—Así lo espero.

Hubo una pausa.

Luego, Donald, con los ojos entornados, prosiguió:

—Es curioso que la criminalidad vaya cediendo de una manera aparente, aunque la gente lo ignore. Hemos luchado mucho, es verdad, pero la ley va imponiéndose y los atentados contra ella son cada vez menores o menos importantes.

—Será difícil arrancar el delito del corazón humano, señor.

—Ya lo sé. A veces pienso que es algo consustancial con la naturaleza del hombre... pero no pierdo la esperanza, amigo mío. Yo siempre he creído que nuestra institución debía resolver otros problemas que los meros policíacos. Nuestra misión es, como lo hacemos a menudo, evitar que los delitos se produzcan.

Doe no dijo nada.

En realidad, no estaba muy de acuerdo con las esperanzadoras palabras de su jefe. Él había conocido y conocía la naturaleza humana. Y sabía que, desdichadamente, la ambición, el deseo de riqueza o de mando eran las poderosas palancas que movían a los hombres, haciéndoles saltar con facilidad la frontera entre la ley y el crimen.

—Esta noche —dijo. Callowan, después de un silencio— tendremos la primera reunión general. Comeremos todos en el gimnasio. Ahora puedes ir a cambiarte.

—Hasta luego, señor...

* * *

Discursos, brindis, entusiasmo y alegría por doquier. Pero, para Doe, a pesar de todo, del gozo de estar entre los amigos de la SIP, de ver reflejada en todos los rostros la alegría de volverse a ver, la cosa hubiese sido mucho más agradable de tener a Daveira a su lado.

¡El muy cabezota!

Comprendía que Carlo amaba el deporte y que estaba loco por el boxeo. Él, de no haber sido por aquella reunión de la SIP le hubiera acompañado gustosamente, aunque no hubiese sido más que para reírse del fanatismo que su amigo sentía por los púgiles y sus avatares.

Aprovechando un intervalo entre discurso y discurso, consiguió evadirse, pasando a una habitación vecina, donde comúnmente se disponía de un salón de lectura para los alumnos de la Escuela. Encendió el televisor y buscó después el canal, hasta encontrar el que trasmitía el combate de Los Ángeles.

—“¡Señores telespectadores! Ya están ustedes viendo el cambio súbito en el desarrollo de este formidable combate... Durante los cinco primeros asaltos, todos estábamos convencidos de una fulminante victoria de Irimesku... pero ¿qué le ha ocurrido desde hace poco al púgil rumano?”.

Doe examinó al boxeador, viendo que el otro, su adversario, al que Daveira había llamado Dyson, le golpeaba sin piedad, a mansalva.

El rumano parecía atontado y era claramente apreciable que si no fuera por su extraordinaria resistencia, hubiera caído en la lona, ya que los golpes que le propinaba su enemigo lo hacían tambalearse a cada instante.

—“¡Ya lo ven, señores! —exclamó el locutor—. ¡El rumano no podrá resistir mucho más! Y piensen ustedes que el marcador de las apuestas, detenidas antes del combate, arrojaba un porcentaje de ocho a uno a favor de

Irimesku... ¡Calculen a cómo se pagarán los boletos de los que tuvieron la suerte de apostar por su contrario y que fueron muy pocos... Un momento...”.

Acababa de sonar la campana liberadora y el rumano marchó tambaleándose hacia su rincón.

—Señores —continuó diciendo el locutor—, acaban de informarme que la casi totalidad de las apuestas a favor de Dyson, que se elevan aproximadamente a doscientos mil créditos, están en manos de su empresario, el señor Kerr... Y las otras, con casi millón y medio de créditos, cubren los boletos de Irimesku...

Doe frunció el ceño.

Estaba imaginándose el mal rato que debía de estar pasando su amigo. Y no pudo por menos que reír después, diciéndose que le estaba bien empleado por confiar en una cosa tan aleatoria como un combate de boxeo.

“Cuando venga mañana —se dijo—, me reiré de él hasta ponerle furioso...”.

Iba a sonar la campana cuando entraron dos agentes y Doe, por corrección, apagó el televisor y salió con ellos al gimnasio, donde la fiesta proseguía con gran animación.

Hacia la madrugada, cuando todo terminó, Dink pudo dirigirse a la habitación doble que tenía en la Residencia de la SIP. Una vez en el cuarto puso el aparato de radio en marcha, enterándose así de que el rumano había sido puesto K. O. en el octavo asalto.

Luego se acostó.

Durante toda la mañana siguiente y parte de la tarde, procuró distraerse, mezclándose en todas las reuniones que se desarrollaron. Esperaba la llegada de Daveira de un momento a otro. Pero cuando, después de cenar, se fue de nuevo a su habitación, el portugués no había llegado aún.

Dink se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo, sin saber qué pensar, intentando encontrar mil soluciones lógicas a la inusitada tardanza de su amigo.

¿Qué demonios estaría haciendo Carlo en Los Ángeles?

Había tenido tiempo de ver el combate, de rabiar por la pérdida de su favorito, de lamentar el dinero que, sin duda, había apostado por él. Y, naturalmente, nada le retenía en la ciudad, por lo que debería estar ya en Washington.

—¡Maldito testarudo!

Fue en aquel momento cuando sonó el teléfono. Doe se precipitó hacia el aparato, descolgándolo con verdadera furia.

—¿Diga?

—¿Doe?

Era la voz de Callowan.

—¡Sí, señor.

—¿Estabas ya en la cama?

—No.

—Han llegado malas noticias, muchacho. Has de salir inmediatamente para Los Ángeles.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Dink.

—¿Qué le ha ocurrido, señor?

—No lo sabemos. Su cuerpo ha sido encontrado en un callejón de la ciudad.

—¿Muerto?

—Está muy mal herido. Le han torturado y los médicos creen que será muy difícil salvarle. Saldrá un avión especial dentro de media hora.

—¡Me voy en él, señor!

—De acuerdo. Obra con cuidado y no olvides que tenemos informes de que parte de la policía de Los Ángeles no es de confianza. No te fíes de nadie.

—Lo tendré en cuenta.

—Además, creo que no debo decirte nada de lo que tienes que hacer. Te doy carta blanca. ¡Quiero que castigues a los que han maltratado a Daveira!

—Pierda cuidado, señor: o dejo el pellejo en el empeño o no quedará ni uno con vida.

—Bien. No te precipites, de todas maneras. Algo me dice que la situación que ha provocado esto es muy compleja.

—De acuerdo. ¿En dónde está Carlo?

—En el Hospital Central. El comisario Lewer, que es de confianza, ha colocado dos hombres de guardia, que no se mueven de allí bajo ningún concepto.

—¿Algo más, señor?

—Nada más, Doe. Te deseo mucha suerte.

—Gracias.

CAPÍTULO II



ADA más llegar a Los Ángeles, Dink se dirigió directamente al hospital donde le dijeron se encontraba Carlo; pero cuando llegó allí, fue conducido al despacho del director del establecimiento, quien le explicó, tras ofrecerle una silla.

—El señor Daveira ha sido enviado a Washington. Su jefe, el señor Callowan, llamó anoche y habló conmigo sobre el estado del herido. Después ordenó que fuera trasladado al hospital de la SIP.

—¿Estaba tan mal?

—Bastante. Pero, aunque su naturaleza es fuerte y tenemos casi la completa seguridad de que se recuperará de sus heridas, existe el problema de sus ojos.

—¿De sus ojos? No entiendo.

—Quien le golpeó y le torturó, debió pasar una llama potente junto a su rostro. Todavía no estamos seguros, pero es muy probable que se quede ciego.

Dink se estremeció.

¡Carlo ciego!

Hubiese sido mucho mejor que le matasen.

Le era tan imposible como insoportable quedarse allí un momento más. Tenía prisa, muchísima, de ponerse a trabajar, ya que el ansia de encontrar a los torturadores de Daveira le quemaba la sangre.

Se puso en pie.

—Debo irme, doctor —dijo.

—Lo comprendo. ¿Puedo hacer algo por usted?

—No, muchas gracias.

Momentos más tarde estaba en la calle.

Pensando que necesitaría un coche para moverse por la ciudad y que no deseaba pedirlo a la policía, ya que no podía confiar en la mayor parte de sus, miembros, tomó un taxi haciéndose conducir a una casa de alquiler de coches, donde le facilitaron uno lo suficientemente rápido y potente para que le sirviese en cualquier ocasión.

Tenía la dirección que Callowan le había dado del lugar donde habían hallado el cuerpo de Carlo, y se dirigió hacia, allí. Pero cuando su coche atravesaba una de las grandes plazas, un coche patrulla de la policía de la

ciudad le obligó a pararse junto a la acera y un hombre bajó del coche, acercándose al suyo.

—¿El señor Doe, de la SIP? —inquirió.

Dink le miró extrañado; luego afirmó.

—Sí, yo soy.

—El inspector Colbert deseaba verle. Le espera en su despacho.

Sin hacer más preguntas, Dink asintió, prestándose a seguir al coche de la policía, que le guio hasta la Central de Los Ángeles, llevándole después al despacho del inspector.

Éste era un hombre alto, huesudo, de rasgos acusados y ojos hundidos en profundas órbitas, que brillaban con intensidad constante. Una sonrisa entreabría ligeramente sus delgados labios.

Estrechó la mano del recién llegado, invitándole después a tomar asiento frente a él.

—¿Un cigarrillo?

—No, muchas gracias. He fumado mucho durante el viaje.

—¿Quiere beber algo?

—No, gracias otra vez.

Dink estaba en guardia, diciéndose que le habían seguido desde su llegada. Y esperó que el otro hablase.

—Ha venido usted para investigar sobre el accidente de su amigo, ¿verdad?

—¿Accidente? ¿Por qué lo llama así?

—Porque debe serlo.

—No le entiendo.

—Por eso le he hecho llamar, señor Doe. Deseaba hablar con usted para facilitarle unos datos antes de que se lanzase sobre una falsa pista.

—Le escucho.

—Bien. Su compañero, el señor Daveira, tuvo la fatalidad de chocar, al salir del combate, con una banda de borrachines fanáticos, a los que he logrado atrapar.

Los ojos de Dink lanzaron chispas.

—¿Cómo? ¿Ha detenido a los culpables?

El otro sonrió, satisfecho.

—Sí, amigo mío. Nosotros no tenemos la categoría de los hombres de la Spacial International Police, pero también sabemos cumplir con nuestro deber.

—No lo he dudado nunca. ¿Dónde están?

—¿Quiénes?

—Los detenidos.

—Abajo, en las celdas de los sótanos.

—Quiero hablar con ellos.

—Naturalmente, aunque no creo que adelante nada.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no recuerdan casi nada. Estaban como cubas...

—¡Pero torturaron a mi amigo!

—No crea lo que dicen los médicos. Yo he reconstruido los hechos y puedo decirle que hubo una pelea tremenda; sólo eso.

—¿Y los ojos de Daveira? ¡Alguien puso fuego junto a ellos!

—También está explicado. Esos borrachines habían encendido una hoguera y su amigo tuvo la mala suerte de caer sobre ella.

No podía creerlo.

¿Es que no conocía lo suficientemente bien a Carlo para saber que en una pelea contra borrachines, por muchos que fueran estos, habría salido vencedor?

Pero no dijo nada de lo que pensaba.

—¿Puedo verlos? —insistió.

—Sí. Voy a dar órdenes para que le acompañen a los sótanos. Y ya sabe que me tiene a su disposición.

Se dirigió hacia la puerta mientras el inspector llamaba por el interfono. Pero antes de salir se volvió para formular otra pregunta.

—¿Cómo supo usted que esos borrachos eran los culpables?

—Un testigo que lo vio todo.

—¿Quién?

—Una muchacha llamada Dory Lewson. Trabaja en un local cercano al lugar de los hechos: “El Dragón Verde”, una de esas tabernuchas indecentes del barrio Sur.

—¿Y cómo fue que no avisó a la policía?

—Intentó hacerlo, pero uno de los borrachos, casi al final de la pelea, la golpeó fuertemente. Estuvo sin conocimiento cerca de veinte minutos, sobre la acera.

—Muy agradecido por todo.

El agente que debía acompañarle estaba allí ya. Bajaron a los sótanos y Doe pudo hablar con los seis hombres que estaban detenidos.

Pero no sacó nada en limpio.

El inspector había dicho la verdad al hablar del estado de alcoholismo en que debían de estar aquellos tipos cuando pelearon. Se veían las marcas de los golpes que habían recibido, pero ninguno de ellos fue capaz de recordar algo concreto.

Dink abandonó el edificio y subió a su coche, con el entrecejo fruncido y

presa de ideas contradictorias.

¿Y si el inspector había dicho la verdad?

No, era imposible que Carlo no se hubiese defendido contra un grupo de borrachos. Incluso si le habían sorprendido y atacado cobardemente por la espalda, Carlo no era un tipo como para achicarse ante una agresión, fuera como fuese.

Además... ¿y los cuchillos?

Porque Daveira no se separaba nunca de su arsenal, aquellos seis cuchillos que lanzaba con una maestría formidable y que llevaba en el cinturón especial que se había mandado hacer en Córdoba, una vez que visitó España.

¿Por qué no había sacado sus armas preferidas?

No había hecho falta que las usase para matar a sus adversarios, con herirlos hubiese bastado. Y Daveira sabía colocar los cuchillos donde deseaba hacerlo, sin fallar un milímetro.

Preocupado, se detuvo en un bar y llamó desde allí al director del hospital con el que había hablado a su llegada a la ciudad.

Y cuando lo tuvo al otro extremo del hilo, tras identificarse, habló.

—Deseaba hacerle una pregunta, doctor.

—Diga, señor Doe.

—¿Puede decirme lo que llevaba mi amigo cuando fue conducido ahí?

—Es muy sencillo: tengo la relación de los objetos que fueron encontrados en su traje.

—¿Cuáles?

—Verá... una cartera con dos mil créditos, su documentación, un reloj de pulsera y una pluma estilográfica.

—¿Es eso todo?

—Sí.

—¿No había nada más?

—Nada más.

—Muchísimas gracias, doctor.

—Ya sabe que quedo a su disposición.

—Muy agradecido. Adiós.

—Adiós.

Dink colgó y se dirigió al coche de nuevo.

Ya era de noche.

¿Así que el cinturón y los seis cuchillos habían desaparecido?

Si, como decía el inspector Colbert, la lucha se desarrolló con borrachos, Carlo no hubiera podido perder sus cuchillos. Y, además, los hubiese utilizado.

Allí había algo raro.

Lo importante era visitar el lugar de la “pelea”; es decir, el sitio donde fue encontrado el cuerpo de Daveira, ya que fue el único que quedó en el suelo, abandonado.

¡Sin haber logrado derribar a ninguno de sus enemigos! No podía creerlo.

Condujo con prudencia hacia el sur, adentrándose en el oscuro y sórdido barrio que colindaba con el Circus, donde Carlo había asistido al combate de boxeo.

No tardó mucho en verse obligado a abandonar el coche, ya que la estrechura de las calles hacía imposible la circulación rodada por allí. Después de cerrar el vehículo, continuó a pie, llegando poco después al sitio donde encontraron a Daveira.

Era un lugar donde se levantaba el muro de una de las paredes, la posterior, del Circus. Ésta y las casas de enfrente formaban una calle estrecha que se ampliaba, en su comienzo, en una especie de estrecha e irregular plazuela, en una de cuyas esquinas, a la izquierda, estaba situada la entrada de “El Dragón Verde”.

Todo aquello estaba desierto, vacío por completo, a pesar de lo temprano de la hora. Sólo la luz que iluminaba el dragón metálico que pendía sobre la puerta del local ponía un poco de vida en la plazuela.

Sin dudarlo, Doe penetró en el local, cerrando la puerta tras de sí. Era, y en eso no había mentido el inspector, una infame tabernucha, con una entrada minúscula donde debían actuar las “artistas”, si así podían llamarse a las pobres muchachas que tenían la desgracia de llegar hasta allí.

Había gente en las mesas, bebiendo o jugando a las cartas, pero el espectáculo no había empezado aún.

El hombre de la SIP se acercó al mostrador.

—Un “whisky” —pidió.

Y cuando el camarero, un muchacho pálido, casi adolescente, le hubo servido, Doe abonó la consumición, añadiendo una generosa propina.

El otro sonrió, esperando, ya que debía estar acostumbrado a vender informaciones de toda clase.

—¿Conoces a Dory? —inquirió Doe.

—¿Se refiere usted a la señorita Lewson, señor?

—Sí.

—La conozco.

—¿Trabaja aquí?

—Trabajaba.

—¿Qué quieres decir?

—Que anoche ya no vino y tuvo que sustituirla Jane.

—¿Sabes dónde vive?

El camarero volvió a sonreír de nuevo.

—No sé si me acordaré —dijo después.

Doe, que había comprendido la indirecta, sacó un billete de cinco créditos y se lo entregó.

—¿Refrescará esto tu memoria? —preguntó.

—¡Naturalmente, señor! Es la mejor medicina que conozco para evitar el olvido.

—Habla, pues.

—Dory Lewson, vive en el número 85 de esta misma calle. No tiene usted más que seguir hacia abajo, dejando a la derecha el Circus. Cuando llegue a un sitio donde la calle es estrecha, se encontrará con un portal ancho, de una casa muy antigua.

—¿Qué piso?

—Tercero, número 17. Tiene una tarjeta clavada con chinchetas en la puerta.

—¿Has ido alguna vez a esa casa?

—Muchas. Dory Lewson era de las que llegaban siempre tarde para su número y el patrón me enviaba a buscarla con frecuencia. No es muy habladora, señor.

—Es amiga mía.

—Eso es distinto. Aquí la apreciaban mucho, pero el dueño se ha cansado de ella y anoche ya no me mandó a buscarla, puesto que Jane rondaba por aquí, esperando la ocasión de sustituirla.

—Muchas gracias, muchacho.

—A usted. Y ya sabe que mi memoria es buena... mientras la medicina lo sea también.

Dink abandonó el local.

Siguiendo la dirección que el camarero le había indicado, no tardó mucho en encontrarse con un portal gigantesco y oscuro. Por fortuna, la luz que proyectaba el farol de la acera de enfrente dejaba ver la entrada así como el número sobre la puerta.

El 85.

El hombre del “Servicio de Ejecuciones” subió ágilmente hasta el tercer piso, recorriendo un sucio y maloliente pasillo, con puertas a ambos lados, hasta detenerse ante la número 17.

El camarero no le había engañado al decirle que encontraría una tarjeta pegada a la puerta.

Doe llamó, dándose cuenta de que la puerta no estaba cerrada. No entró, de todos modos, esperando que le contestaran, por lo que volvió a llamar con los nudillos, ya que no se veía timbre por ninguna parte.

El hedor que reinaba en aquella casa penetraba por las narices de Doe, produciéndole una impresión desagradable. El ambiente no podía ser más

infecto y malsano.

Cansado de esperar, empujó la puerta suavemente, abriéndola de par en par.

Una oscuridad completa reinaba en el interior del apartamento.

Esperó unos instantes más, intentando perforar las tinieblas que tenía delante; luego, decidido, sacó la lámpara eléctrica del bolsillo y lanzó el haz luminoso hacia el interior.

Un desorden completo reinaba por doquier. Se veía enseguida que la persona que habitaba aquella casa era tan despreocupada como poco ordenada. Había ropa de mujer tendida en una cuerda, atada a dos sillas viejas, junto a una estufa apagada. Un montón de platos sucios se elevaba sobre el fregadero, en la minúscula cocina que se veía al fondo.

Movió la linterna.

Una mesa pequeña, con un aparato de radio último modelo, flamante y aún con la etiqueta de la casa que lo había vendido. Aquel objeto destacaba enormemente de la pobreza miserable que lo rodeaba.

Un sillón viejo, con el tapizado destrozado y...

Doe detuvo la marcha del haz luminoso.

Porque lo que ahora se destacaba, con una crudeza tremenda, en el círculo que la luz dibujaba, era el cuerpo de una mujer joven, con una tremenda herida en el cuello, que casi estaba separado del tronco, dejando la cabeza horriblemente ladeada, sobre un inmenso charco de sangre.

Doe cerró la puerta y se acercó de nuevo al cuerpo, que examinó detenidamente. No había signo alguno de pelea ni violencia, lo que significaba que el asesino había obrado con toda tranquilidad, gozando de la confianza que le procuraba el que la víctima le conociese.

No cabía duda alguna de que el cuerpo pertenecía a Dory Lewson.

Al único testigo que hubiese contribuido a aclarar un poco las confusas ideas de Dink Doe, alguien se había apresurado a hacer enmudecer para siempre.

CAPÍTULO III



OE abandonó el apartamiento de Dory, satisfecho al menos de que nadie le hubiera visto entrar. Y no era que le preocupase el que le viesen; pero deseaba

que el inspector supiera lo menos posible de sus pasos.

Volvió al “Dragón Verde” y penetró en el local, sentándose ante una mesa, bajo la curiosa mirada del camarero, que no tardó en acercarse a él, pasando un trapo sucio sobre la mesa.

—¿La encontró, señor?

—No, no tuve suerte. No contestaron.

—A lo mejor estaba borracha como una cuba y no le oyó.

—Es igual. La veré mañana.

—¿Quiere tomar algo?

—Sí. Tráeme un “whisky”.

—Enseguida.

Cuando el camarero volvió con la bebida, el tablado se había iluminado y una muchacha delgada, con la mirada triste, empezó a cantar una canción, acompañada por un viejo pianista al que parecía costar mucho sacar sonidos del destrozado y anticuado piano.

—¿Es la chica que sustituye a Dory?

—Sí, pero no puede compararse con Dory.

—¿No dijiste que andaba por aquí, rondando cada noche?

—No se separaba de la puerta, en espera de la ocasión. Se había presentado al patrón, pero éste estaba contento con Dory.

Dink sacó un billete de diez.

—¿Quieres decirle si desea tomar algo conmigo cuando termine su número?

—¡Vendrá! Nadie la ha invitado aún y ya le han silbado en la actuación anterior. ¡No durará mucho aquí! Sobre todo si Dory se decide a volver...

“Puedes esperarla sentado...”, pensó Doe.

Al terminarse la canción, sucedió lo que el camarero había vaticinado: hubo más protestas que aplausos y la muchacha, más pálida que de costumbre, huyó hacia el camerino. El camarero la siguió. Al poco rato, despojada de su traje para actuar, la joven salió a la salida, mirando con temor a la concurrencia. Luego, tímidamente, se acercó a la mesa de Doe.

—¿Me... llamaba... usted? —preguntó, un tanto recelosa.

—Sí. Siéntese, por favor. ¿Quiere tomar algo?

—Quisiera comer un poco.

Dink llamó al camarero, rogando a la muchacha que pidiera lo que le apeteciese. Y cuando la vio comer, poco después, comprendió que debía hacer mucho tiempo que no satisfacía normalmente su apetito.

La dejo comer, mientras fumaba cigarrillo tras cigarrillo.

Ella no levantaba la cara del plato, quizá temerosa de que él se estuviera

dando cuenta de su hambre atrasada. Finalmente, fue Doe quien pidió un flan y dos cafés, observando complacido que el color volvía a las paliduchas mejillas de la joven.

—¿Se encuentra mejor? —indagó, con simpatía.

—¡Oh, sí! Aunque estoy un poco avergonzada...

—No se preocupe. Yo también he tenido hambre muchas veces. No es nada malo... es algo normal, sobre todo cuando no se come lo suficiente.

—Es usted muy amable.

Él se daba cuenta de las dudas que debían pasar por la cabeza de la muchacha, acostumbrada al trato innoble de la gente de aquel barrio. Por eso, deseando aclarar sus dudas inmediatamente, fue directo al asunto.

—No le he pagado la comida por ningún interés personal, Jane; puede creerme.

El rostro de ella se iluminó.

—Gracias otra vez.

—Si la he llamado a mi mesa —siguió diciendo el joven— es para hacerle unas preguntas. Estoy buscando a un amigo y me parece que le ha debido ocurrir algo por aquí cerca.

Jane se mordió los labios.

Doe la animó.

—No tema nada.

Y tras una pausa, mirándola fijamente, continuó:

—Usted andaba todas las noches dando vueltas por estos alrededores. Y debió verlo.

—¿El qué?

—A mi amigo. Fue la otra noche, a la salida del boxeo.

El rostro de la muchacha se había puesto de un blanco intenso. Y sólo las dos manchas de color rosado que la comida pintó en las mejillas seguían luciendo con la misma intensidad.

—¿Lo vio? —insistió él.

La muchacha, que había bajado la mirada, terminó por decir, en voz apenas audible.

—Sí, lo vi.

—¿Qué ocurrió, Jane?

Doe hablaba en el mismo tono, pues comprendía que ella deseaba mantener en secreto lo que le iba a decir. Por suerte, la mesa ante la que ambos estaban sentados se encontraba lejos de las demás y situada en un rincón propicio para sostener una conversación sin temor a la curiosidad de los concurrentes.

Por otra parte, la atención general, que se había concentrado por unos momentos en la pareja, sobre todo al ver a la muchacha dirigirse hacia el desconocido, se había desviado pronto de ellos, y cada cual volvió a ocuparse de lo que había estado haciendo hasta aquel momento.

—¿Qué ocurrió? —insistió el hombre de la SIP.

—Eran dos —repuso ella.

—¿Dos?

—Sí. Llevaban a otro y lo arrastraban casi, puesto que no podía tenerse en pie. Yo creí que se trataba de un borracho.

—¿Y luego?

—Me empezó a extrañar cuando les vi dejarlo caer sin contemplaciones, mientras miraban a uno y otro lado.

—¿No te vieron?

—No. Yo estaba junto a la esquina, donde la oscuridad me envolvía por completo.

—¿Qué hicieron después ellos?

—Se alejaron.

—¿Viste algo más?

—Me acerqué entonces al hombre que habían dejado abandonado y me di cuenta enseguida de que no estaba borracho, sino malherido.

—¿Qué hiciste?

—Me dio mucho miedo y quise entrar en el "Dragón" para avisar al dueño y que previniese a la policía; pero ésta llegó cuando yo me disponía a cruzar la calle. Y tuve que esconderme enseguida.

"Tenía mucho miedo a que me detuvieran. Esperaba poder trabajar de un momento a otro. Por eso me escondí.

—Comprendo.

—La policía se detuvo cerca del cuerpo. Yo vi al inspector jefe, al que conocía porque me había interrogado en otras ocasiones.

—¿Al inspector Colbert?

—Sí, creo que se llama así.

—¿Qué hicieron?

—Dos de ellos se quedaron junto al cuerpo y otro fue al "Dragón" con el inspector. Luego salieron con Dory.

—¿Con Dory?

—Sí. Oí cómo hablaba el inspector con ella, diciéndole que debía decir que aquel hombre que yacía en el suelo se había peleado con un grupo de borrachos. Ella dijo que haría lo que fuese. Ya puede usted comprender que no podía ponerse en contra de la policía. Nosotros tenemos que obedecerlos si

queremos seguir en libertad.

—Lo entiendo. Sigue.

—Ya no hay nada más. Debieron avisar a una ambulancia, porque llego poco después y se llevaron al hombre.

—Los otros dos, los que le abandonaron allí, habían desaparecido ya, ¿verdad?

—Sí, se fueron enseguida. Pero yo reconocí a uno de ellos.

Dink tuvo que contenerse para no dar un grito de alegría. Y con aparente calma, preguntó:

—¿Conociste a uno de ellos? ¿Estás segura?

—Completamente. Ese hombre me había cortejado hace tiempo. Pero tuve que deshacerme de él: es una mala bestia.

—¿Quién es?

—John Collins.

—No le conozco.

—Sí. Es el *manager* de Fred Dyson, el campeón.

—De acuerdo. ¿Y el otro?

—No lo había visto en mi vida.

—Muchas gracias, Jane. Te estoy muy agradecido.

—Le ruego que no diga a nadie lo que le he dicho.

—No temas. ¿Necesitas algún dinero?

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—Es usted un hombre muy extraño, señor. Diferente a todos los que he conocido hasta ahora.

Doe sonrió.

—No hagas caso. Lo que ocurre es que deseo castigar a los que atacaron cobardemente a mi amigo. ¿Sabes dónde podría encontrar a John?

—Sí. Todas las noches está en "La Estrella".

—¿Qué es eso?

—Es una especie de bar-club, al otro lado del Circus. Hay un gimnasio al fondo y sólo van boxeadores y sus amigos o aficionados al boxeo.

Doe se percató de que no podía sacar más de aquella muchacha. Y como deseaba aprovechar la noche, le puso en la mano unos cuantos billetes, pagando después las consumiciones.

—Ahora me voy, Jane.

—¿Le volveré a ver?

—Es muy posible. Cuídate y procura estar por aquí por si te necesitara.

—Vivo dos casas más arriba, en el 58. No tiene más que preguntar por mí.

—Así lo haré. Adiós.

—Adiós, señor.

Fuera la bruma caía ya con una densidad inusitada en Los Ángeles, lo que significaba un estado inquieto en las aguas del océano.

Dink volvió al lugar en que había dejado su coche, dirigiéndose con él hacia una avenida vecina que le conduciría, con toda seguridad, al otro lado del amplísimo Circus, donde se hallaba situado el local en el que podría encontrar al hombre que la muchacha había llamado John Collins.

El saber que el inspector Colbert jugaba sucio no le había extrañado mucho, puesto que Callowan le había advertido que una gran parte de la policía de la ciudad estaba corrompida.

Jane constituía un testigo excepcional para declarar contra el policía; pero Doe necesitaba más pruebas, ya que lo que dijera Jane, sin ningún otro apoyo, iba a servir de muy poco.

¿Quién iba a dar crédito a una muchacha como aquélla?

Ahora resultaba más claro pensar que la muerte de Dory debía de estar ligada a lo que le había ocurrido al portugués. Desde que Dink llegó a la ciudad, todos procuraban cerrar las puertas que condujeran al hombre de la SIP hacia una pista de valor.

Porque si él hubiera logrado hablar con la muchacha cuyo cuerpo encontró en la casa, habría conseguido obligarla a decir la verdad.

Y esto, estaba visto, no le interesaba de ningún modo a “alguien”.

Mientras conducía, Doe se preguntaba angustiosamente las causas que habían provocado la tortura de Daveira. Era indudable que el portugués debía de haber descubierto alguna cosa y que sólo al percatarse que pertenecía a la SIP no se habían atrevido a matarle.

Pero ¿por qué?

Allí había algo que Dink no llegaba a entender, pues cuando Carlo recobrara el conocimiento, declararía la verdad y de nada habrían servido los golpes cobardes que le propinaron.

¿O habían querido matarlo?

No, no podía ser. Porque para hacerlo hubiese bastado pegarle un tiro y arrojar su cadáver en algún sitio o destruirlo para que nadie lo descubriera.

¡Era como para volverse loco!

De todos modos, alguien debía haber maquinado aquel golpe contra la autoridad de la SIP, jugando con pericia, como lo demostraba el que el inspector tuviese preparada una “solución”, con un testigo que ya no podía declarar. Colbert le había servido una tesis normal, demostrándole que la policía se había apresurado a detener a los “culpables”. Pero las declaraciones de Jane habían echado todo aquel falso andamiaje por el suelo y ahora ya sabía Doe, hasta cierto punto, a qué atenerse.

Cuando detuvo el coche, no lejos de la puerta de “La Estrella”, Doe se dio cuenta de que el local era importante y que estaba lejos de parecerse al antro del que acababa de salir.

Había un salón enorme al otro lado de la entrada, con muchas mesas casi todas ocupadas. Una elegante barra y, al fondo, y como había dicho la muchacha, un gimnasio completo, con un *ring* donde en aquel momento dos púgiles estaban realizando un combate de entrenamiento.

Se veía claramente que el dueño de aquel local había tenido vista, ya que los entrenamientos atraían a una numerosa clientela que seguía las incidencias de los numerosos combates amistosos con verdadero interés.

Se leía en los rostros la pasión que dominaba a aquellas gentes, que debían ser, en su totalidad, fanáticos absolutos del boxeo.

Doe fue hacia la larguísima y elegante barra que había a un lado, encaramándose en uno de los taburetes. El camarero, disgustado por no poder mirar al *ring*, se acercó a él.

—¿Qué va a ser? —preguntó.

—Un “whisky”... ¿Quién pelea hoy?

El rostro del otro se animó.

—Están entrenando a Jo Howie, que es aquel del pantalón blanco. ¡Vaya muchacho! Kerr tiene una vista de águila para descubrir futuros campeones. ¡Ya puede prepararse eso idiota de Harold Rihl! Después del fracaso de la otra noche, no creo que se atreva a enfrentar ninguno de sus muñecos contra alguno de los muchachos de Kerr.

Doe sonrió. Le dio un billete de diez, diciéndole:

—Guárdese el resto, amigo. Pero haga el favor de decirme algo. Estoy intrigado desde que llegué aquí.

—¿Qué desea?

—Yo soy aficionado al boxeo, pero acabo de llegar de Marte y no conozco nada de lo que pasa aquí. ¿Quiere explicármelo un poco?

—Sencillo como dos y dos —dijo el hombre, contento de poder demostrar sus conocimientos ante un profano—. Puede usted comprenderlo en un abrir y cerrar de ojos. El boxeo, en todo el mundo, está controlado por dos hombres: Sam Kerr y Harold Rihl.

—¿En todo el mundo?

—Es una manera de hablar, ya que los más importantes combates se celebran aquí; pero los empresarios del resto del mundo confían en lo que Kerr o el otro les dicen. Aunque los de Rihl van de capa caída.

—¿Por qué?

—Porque Kerr es el “as”, el número uno, amigo, lleva tres años consiguiendo para sus muchachos los mejores triunfos y estoy seguro de que

este año conseguirá el campeonato de pesos pesados del mundo.

—Muy interesante. ¿Y no vienen los de Harold por aquí?

El otro sonrió despectivamente.

—No se atreverían —dijo.

—¿Por qué?

—Porque los echaríamos a patadas. Esos idiotas de Harold tienen su local en el norte de la ciudad. Allí los entrenan para recibir las palizas que les dan los nuestros.

—Comprendo.

—Y lo más importante es que aquí se entrenan los que serán futuros campeones. ¿Lo entiende?

—Sí.

De repente, el otro le miró con fijeza.

—No será usted un tipo de Harold, ¿verdad?

—No lo he visto en mi vida. Ni a Sam tampoco.

—¿Quién le dijo de venir aquí? Porque de vez en cuando tenemos que echar a patadas a algún espía que envía ese imbécil de Rihl, que se cree inteligente además.

—Me ha enviado una chica que fue amiga de uno de los hombres de Kerr.

—¿De quién de ellos?

—Del señor Collins.

El otro sonrió.

—¡Eso es muy distinto! Si ha venido a ver a John, todo cambia, amigo... ¿Ve usted aquel hombre calvo que está junto al *ring*?

—Sí.

—Pues es John Collins en persona, ¡el mejor manager que tuvimos nunca! Él preparó a Dyson para que sacudiera una buena paliza al presumido de Irimesku...

—Vi el combate por televisión.

—¿Sí? Fue formidable, ¿verdad? ¿Recuerda usted aquel momento, en el segundo asalto, cuando el rumano se creía que todo el monte era de orégano? Pero Fred sabía lo que se hacía... Fue entonces cuando...

Y se puso a hablar, rememorando los detalles de la lucha, demostrando una afición que debía dominarle por completo.

Doe le escuchó pacientemente.

Pero no perdía de vista a John, que estaba dando instrucciones al joven púgil de pantalón blanco.

Collins era bajito, pero macizo, de anchas espaldas y rostro característico de exboxeador. Llevaba un jersey azul con el cuello alto y unos pantalones

grises.

Calzaba zapatos anchos, de tipo deportivo y con una doble suela que le ayudaba un poco a parecer menos bajo.

El camarero seguía comentando el combate de la última noche, con todo lujo de detalles, realizando inclusive una exhibición, ya que imitaba a los púgiles, poniéndose una vez en el lugar de Dyson y otra en el del rumano.

Estaba tan abstraído que no se dio cuenta de que John se dirigía hacia la salida. Pero Doe, que no lo había perdido de vista ni un solo instante, dejó que el otro llegase hasta la puerta.

Y entonces, interrumpiendo al entusiasmado narrador, exclamó:

—Perdone, amigo... ¡John se va y quiero hablar con él!

El otro miró hacia la puerta y sonrió.

—¡Es verdad! ¡Corra!

—¡Hasta pronto!

—Venga cuando quiera. Ya seguiré iniciándole en el más hermoso deporte del mundo.

—Gracias... así lo haré.

CAPÍTULO IV



OLLINS se había detenido, unos pasos más allá de la entrada, para encender un cigarrillo. Doe, que acababa de salir, le vio tirar el fósforo y empezar a cruzar la calle hacia un coche pequeño que estaba aparcado al otro lado de la calzada.

El otro estaba introduciendo la llave en la cerradura de la portezuela cuando Dink le alcanzó.

—¡Eh, amigo!

Collins se volvió, teniendo que levantar la cabeza para mirar a la cara de Doe. Frunció el ceño.

—¿Amigo? Creo que no le conozco.

—No, pero yo a usted sí. Vengo de parte de Jane.

—Tampoco conozco a ninguna Jane.

—Poca memoria, ya que la cortejó no hace mucho tiempo... Una chica rubia, delgada, que ahora trabaja en el "Dragón Verde".

John sonrió.

—Ya recuerdo. Pero miente si le ha dicho que yo la cortejé. ¡Esa chica no vale un pepino! ¡Debía de estar borracho si le dije algo!

—No lo sé, ni me importa.

—¿Entonces?

—Deseaba hablar con usted.

—Es muy tarde. Vaya mañana a mi despacho.

—Salgo esta misma noche para Nueva York.

—¿De qué quiere hablarme?

—De algo privado. ¿Viene a mi coche o nos vamos en el suyo?

John dudó unos segundos.

Luego, encogiéndose de hombros, accedió.

—Suba. Daremos una vuelta y volveré a dejarle junto a su coche.

—Muchas gracias.

Momentos después, una vez instalados ambos, John puso el vehículo en marcha. Enseguida invitó a Doe a que hablara.

—Ya puede decir lo que quiere.

—Perfectamente. Quiero que me diga que ocurrió con mi amigo.

John preguntó:

—¿Con quién?

—Con mi amigo. El hombre que usted y otro dejaron abandonado la otra noche, después del combate, en una callejuela detrás del Circus.

La faz impasible de John no manifestó reacción alguna. Sin embargo, con tono enfadado, dijo:

—Escuche, amigo. Voy a dejarle aquí mismo. Si ha bebido más de la cuenta, allá usted. Pero yo no tengo por qué soportar sus borracheras.

Había frenado, después de acercarse a la acera. Pero su cara cambió de color al notar la presión que, súbitamente, se ejercía contra su costado.

Doe había sacado la “Special-Lüger” sin que el otro se hubiera dado cuenta de nada.

—Tenemos que hablar, John... así que no haga idioteces. Vuelva a poner el coche en marcha y sigamos un poco más. Aquí hay gente aún y me molestaría tener que apretar el gatillo, aunque puede estar seguro de que nadie oiría nada: llevo un excelente silenciador.

El otro obedeció y el vehículo continuó su marcha avenida adelante, hasta que las casas fueron desapareciendo y la iluminación casi nula.

Cuando llegaron a las afueras de la ciudad, Doe ordenó:

—Puede parar.

John detuvo el vehículo, y el agente invitó:

—Bajemos. No me gusta hablar aquí.

John descendió con visible desgana, siguiendo a Doe, que se había guardado la pistola y que le esperaba junto a la cuneta. La luz de las estrellas era poco intensa, debido a la niebla; pero, no obstante, los focos que Collins había dejado encendidos, con luz de posición, permitían que los dos hombres se viesen con cierta claridad.

—Hablemos ahora claro —dijo Doe—. ¿Por qué hicisteis eso a mi amigo?

—No sé de lo que me habla.

—No hagas el idiota, John. Tú has debido oír hablar de la SIP, ¿verdad que sí?

—Sí.

—¿Y sabías que el tipo que dejaste como un trapo en la callejuela era un hombre de la SIP?

—No sé nada.

—¡Imbécil! Claro que lo sabes. Aquel hombre era Carlo Daveira, mi amigo y compañero: un miembro del “Servicio de Ejecuciones”. ¿Lo

recuerdas ahora?

—No he conocido a nadie con ese nombre.

—¡Qué estúpido eres! Naturalmente, los que hicieron eso tuvieron que echar mano a hombres como tú, pobres boxeadores retirados, con el cerebro lleno de telarañas. ¿Qué hicisteis a Carlo y por qué?

—No sé nada.

—Escucha, cabeza de mula. Si supieras en qué situación te encuentras, no cubrirías a los que te mandaron.

—No entiendo nada.

—¡Claro que lo entiendes! Tú puedes vivir mucho todavía, pero para lograrlo tendrás que decirme quién mandó torturar a mi amigo y por qué lo hicieron.

—Se equivoca usted de persona, señor. Yo nunca vi a ese hombre ni golpeé a nadie... fuera del *ring*. Puede preguntar a la policía.

—Al inspector Colbert, ¿verdad, granuja?

—Pregunte a quien quiera. John Collins no ha hecho nada malo. ¡Nunca!

—¿Dónde fuiste después del combate de la otra noche?

—Con mi pupilo. Dyson me necesitaba... estaba cansado y el rumano le había golpeado fuerte en los primeros asaltos. Tenía que cuidarle.

Doe se mordió los labios.

¿Y si Jane había mentido?

Quizás aquella muchacha, cuando él le ofrecía la comida, creyó necesario inventar una historia para pagar, en cierto modo, lo que él hizo por ella.

Aunque parecía dudoso...

De todos modos, no demostró al otro su desilusión, sino que, por el contrario, mirándole fijamente, exclamó muy decidido:

—¡Estoy dispuesto a romperte la cabeza si no dices la verdad!

Y fue aquello, seguramente, lo que desencadenó la cólera o el miedo que el otro estaba sintiendo.

Lo cierto fue que John lanzó un golpe tan rápido, que Doe no pudo pararlo por completo, recibiéndolo en pleno estómago. La impresión fue tan violenta que el agente de la SIP salió disparado hacia atrás, sintiendo un dolor fulgurante en las entrañas, como si se hubiese desencadenado un fuego en sus tripas.

No perdió, de todos modos, su enorme facultad de reflejos, logrando sacar el arma mientras caía hacia atrás.

—¡Vas a seguir el mismo camino que tu amigo! —rugió el exboxeador, lanzándose sobre Doe.

Éste apretó el gatillo.

Lo hizo en última instancia, sabiendo que no tenía otra alternativa y que si dejaba que el otro le cayese encima, iba a pasarlo bastante mal.

Collins recibió el balazo en pleno rostro. Murió instantáneamente.

Doe se levantó y miró el cuerpo de su terrible adversario.

—¡Imbécil! —exclamó —Menos mal que dijiste algo antes de morir... No, Jane no me ha mentido y esto es lo más importante.

No perdió mucho tiempo.

Arrastró el cadáver hasta la cuneta; luego subió al coche de Collins, poniéndolo en marcha y regresando a la ciudad. No le convenía que el inspector Colbert metiese las narices en lo que había sucedido, ya que, aunque era de la SIP, el otro podría crearle dificultades que impedirían las investigaciones que deseaba realizar.

Había registrado rápidamente a Collins y descubierto, sin tocarlo, un impresionante fajo de billetes en la cartera. No le cabía la menor duda que John había cobrado aquella cantidad por el trabajo realizado la noche del combate.

Pero ¿quién le había pagado?

Y, sobre todo, ¿por qué Carlo había estado a punto de dejar el pellejo en aquel callejón?

Una vez llegó adonde había dejado su coche, abandonó el del exboxeador y regresó al hotel con su propio vehículo.

Necesitaba descansar antes de lanzarse de nuevo hacia adelante.

* * *

El sol que entraba por los ventanales de la habitación le demostró que, como casi siempre suele ocurrir, un día espléndido sigue a una noche brumosa. Caprichos del tiempo.

Se levantó y pasó a la ducha. Y mientras el agua helada le hacía estremecerse, pensó que el próximo paso debía ser Fred Dyson en persona, ya que el boxeador no debía ignorar lo que había hecho su *manager*, sobre todo después de un combate, pues el entrenador no suele abandonar por ningún motivo a su pupilo.

Doe tenía que ponerse a trabajar inmediatamente.

Se vistió y bajó a desayunar. Al mismo tiempo, al pasar por el “hall” del hotel compró algunos periódicos de la mañana.

Como esperaba, habían encontrado el cadáver de Collins y la noticia, así como las fotos, ocupaban gran parte de la página. Se hablaba del entrenador del futuro campeón del mundo y se decía que el asesinato debía de haberlo cometido alguien que deseaba impedir que Dyson tuviera al lado a un hombre capaz de llevarle hasta el triunfo.

“¿Un golpe de la competencia”? se preguntaba el articulista.

Doe leyó atenta y curiosamente el artículo, viendo que la pasión popular por el boxeo podría procurar incluso una justificación a un crimen. Pero frunció el ceño al encontrar en el texto la declaración que el camarero de "La Estrella" había hecho a la policía describiendo con bastante exactitud al hombre que había preguntado por Collins y que había salido con él.

Colbert sabría así que había sido él quien acabó con John, adivinando que Doe se movía por un camino seguro que, tarde o temprano, le llevaría a descubrir la verdad.

¡Mala suerte!

Él hubiera deseado que Colbert ignorase sus pasos, al menos al principio, ya que estaba seguro que el inspector estaba en relación con los culpables y que no tardaría mucho en informarles de los avances u orientaciones del hombre de la SIP.

Siguió leyendo.

Y fue en la última página, en la sección sin importancia, donde encontró la demostración de que "ellos" estaban dispuestos a cortarle todas las pistas.

La noticia era escueta, apenas unas cuantas líneas:

"Anoche, a la salida del barrio del sur y en el comienzo de la Avenida Curtisi, un camión atropelló y mató a una muchacha que en estado de embriaguez se arrojó visiblemente bajo las ruedas del vehículo, cuyo conductor, tal como han declarado los testigos del suceso, no pudo hacer nada por detener el camión, que deshizo materialmente a la infortunada. Investigaciones posteriores, realizadas por el servicio de identificación, han podido aclarar que la muerta se llamaba Jane Fulgen, conocida por el apodo de "La Rubia" y que trabajaba como cantante en un local llamado "El Dragón Verde".

Nada más.

Y nada menos.

Doe se dijo que sus enemigos "trabajaban" aprisa y que estaban dispuestos a deshacer todas las pruebas que él pudiera encontrar en su camino. Primero Dory, luego Jane...

Tenía que obrar con toda celeridad.

Fue de nuevo al "hall" y habló con el recepcionista, al que preguntó dónde podría encontrar a Dyson, ya que deseaba hablar con él.

—No le va a ser muy fácil verle, señor.

—¿Por qué?

—Porque Fred pelea esta noche. Se trata de un combate amistoso, pero el público quiere verle de nuevo para demostrarle su adhesión.

—¿En el Circus?

—Sí.

—¿Y no puedo verle antes?

—Se entrena en una finca del señor Kerr.

—¿Su empresario?

—Sí.

—¿Dónde está esa casa?

—En los alrededores de San Benito, señor. La llaman “Las Lilas”.

—Muchas gracias.

Abandonó el hotel y subió a su coche, siguiendo por la carretera que iba hacia el norte.

Debía hablar con Dyson.

Era la única persona, en aquellos momentos, que podía sacarle de dudas. Porque lo que le interesaba saber era:

Primero: ¿Por qué habían torturado a Carlo?

Segundo: ¿Quién lo había hecho?

Tercero: ¿Quién lo había ordenado?

Tanto los ejecutores como el que lo mandó debían recibir su castigo. Y no podía olvidarse que Doe era uno de los miembros del “Servicio de Ejecuciones” y que, por lo tanto, iba a limitarse a llenar de plomo las tripas de aquellos canallas.

Ni más ni menos.

Se detuvo sólo unos instantes en San Benito, linda aglomeración al lado del mar, lo suficiente para preguntar dónde se hallaba la casa que iba buscando. Luego siguió su camino.

La finca de “Las Lilas” estaba enclavada en un altozano, con vista directa sobre el océano, donde poseía una playa particular, acotada. Doe vio que la propiedad, una hermosa casa de estilo moderno y de tres plantas, estaba cercada por una alta alambrada, imposible de escalar, ya que la parte superior llevaba un hilo amarillo con letreros de advertencia de trecho en trecho: “Peligro. Alta tensión”.

No era extraño que adoptaran toda aquella clase de precauciones, ya que si allí era donde se entrenaban los hombres de Sam Kerr, podía éste, con su influencia con la policía de Los Ángeles, haber obtenido un permiso para instalarlas.

Doe detuvo el coche ante la puerta maciza, bajando después del vehículo para llamar al timbre.

No esperó mucho.

Una puerta pequeña se abrió, dejando ver el cuerpo de un hombre que debía haber vivido del *ring* durante mucho tiempo. No era demasiado joven, pero se conservaba bien y su rostro, achatado por los golpes, carecía de toda expresión de inteligencia, como suele ocurrir cuando se ha pasado por el

cuadrilátero y se han soportado los golpes de los puños adversarios.

—¿Qué desea?

—Hablar con Fred Dyson.

—No está aquí.

—Soy de la policía.

El otro no pestañeó siquiera.

—¿Trae algún papel del inspector Colbert?

—No.

—Entonces no puedo dejarle pasar. Adiós —e intentó cerrar la puerta.

Pero Doe se le adelantó, empujándola con tal fuerza que hizo retroceder al otro. Sólo un poco, en realidad, ya que se lanzó contra el joven inmediatamente.

Dink sabía que no podía perder mucho tiempo.

Evitó con habilidad el golpe que el otro le dirigió y que de haber encajado lo hubiese dejado tendido en el suelo sin sentido y lanzó su mano abierta hacia el lado izquierdo del cuello de aquel tipo.

Era un golpe infalible, que Iko Namura, su compañero en el SIP, le había enseñado y que afectaba directamente a los centros carotideos, provocando un tremendo shock.

El ex-púgil se desplomó de rodillas, con un sordo rugido.

Dink observó que había bastante distancia hasta la casa y abrió la puerta de par en par, penetrando en la finca con el coche; luego continuó por el camino que llevaba hacia la mansión.

Todo el jardín estaba lleno de lilas, lo que hacía comprender el nombre que se había dado a la propiedad. El camino era sinuoso y muy bien cuidado. Pero fue al dar la última curva cuando, de repente, Doe bendijo la idea que había tenido al entrar con el coche.

Ocho enormes mastines, gruñendo, pero sin ladrar, se lanzaron sobre el vehículo obligando al joven a frenar.

De haber entrado a pie, no hubiera conseguido, ni con la Special-Lüger, contenerlos. Se veía que estaban enseñados a atacar y aunque hubiera tumbado a algunos de ellos, uno u otro hubiera conseguido clavar sus agudos colmillos en su carne.

¿Cómo estaban sueltos aquellos feroces animales?

Un hombre que había salido de la casa, cuya fachada se veía desde allí, avanzó hacia el vehículo, con un larguísimo látigo en la mano, que hizo restallar cuando estuvo cerca. Los mastines se acercaron a él, dejándose caer al suelo, pero sin separar sus ojuelos, inyectados de sangre, en el coche.

El del látigo se acercó al vehículo, y Doe bajó el cristal que se había apresurado a subir cuando vio a los perros.

—¿Suele entrar siempre golpeando al portero? —preguntó el otro.

—Entonces... ¿ha sido él quien ha avisado?

—Sí. Y es mejor que dé la vuelta y se marche... Mis perros son capaces de romper los cristales y entrar dentro del coche. ¡Lárguese!

Doe mostró la “Special-Lüger”.

—No me gustaría disparar contra usted, pero lo haría en cuanto los perros se moviesen.

El otro cambió de táctica.

—¿Qué desea? —preguntó secamente.

—Hablar con Fred.

—¿Quién es usted?

—Pertenezco a la SIP.

El rostro del individuo cambió de expresión y una sonrisa apareció en sus labios.

—¡Haberlo dicho!

—Ya le dije al portero que era de la policía, pero me pidió un papel del inspector Colbert.

—No le extrañe. Debemos guardar muy bien este lugar y no podemos fiarnos de nadie. Ya me comprende... periodistas, hombres del equipo de Harold. Además, el portero es un pobre hombre que no hace más que obedecer las instrucciones que se le han dado. Puede bajar.

Doe señaló a los mastines.

—¿Y los perros?

—No tema. No se moverán mientras yo no se lo ordene. Puede bajar.

Doe lo hizo, pero con la pistola en la mano.

—Procure que estén tranquilos.

—Ya le he dicho que no se moverán. Haga el favor de seguirme.

Y en efecto, los perros no se movieron. Pero sus ojos siguieron atentamente a Doe, hasta que la puerta de la casa se cerró tras él.

CAPÍTULO V



L living era enorme y lujosamente amueblado. Los muebles habían sido escogidos con cuidado y debieron costar una verdadera fortuna.

El hombre del látigo, que había colgado su arma de un perchero, indicó un asiento al visitante.

—¿Quiere tomar algo?

—Sí, muchas gracias.

—¿Un "whisky"?

—Bueno.

El hombre estaba bien vestido y también tenía aspecto de boxeador, aunque su rostro era mucho menos brutal que el del portero. Sus ojos azules poseían el brillo inteligente y astuto.

Sirvió en el bar los dos vasos, llevándolos después hasta donde estaba Doe.

—Me llamo Barker —dijo, tendiendo el vaso al otro—. Thomas Barker.

—Yo soy Dink Doe.

—Ahora llamaré a Fred. Debe de estar entrenándose para el combate de esta noche.

—¿Cómo se les permite pelear tan a menudo?

—Es distinto lo de hoy. Tenemos un muchacho muy joven, un nuevo valor, llamado Hoiwe, que queremos probar. Y, al mismo tiempo —sonrió—, llenamos el Circus, lo que no es nada como para dejarlo perder. La gente desea divertirse y paga por ello. ¿Hay algo malo?

—No, desde luego.

Barker llamó por teléfono y cuando hubo colgado el aparato, preguntó:

—¿Es que Fred se ha metido en algún jaleo?

—No lo creo.

—¿Entonces?

—Deseo hacerle algunas preguntas.

—Bien. No tardará en llegar, aunque dispondrá de muy poco tiempo...

—Tendré bastante con el que me conceda.

Justamente, en aquel momento, el púgil entró cubierto con un albornoz. Era joven y no tan fuerte como Doe había imaginado.

Además, tenía miedo.

Se leía el pánico en su rostro como en un libro abierto. Y miró medrosamente a Barker, antes de volver sus ojos hacia Doe.

—Siéntate, muchacho —le dijo el del látigo—. Este señor es de la SIP y desea hacerte algunas preguntas.

—¿A mí?

—Sí. ¿Quieres un vaso de leche?

—No, gracias... tengo que irme enseguida...

—Bien —interrumpió Doe—. No voy a retenerlo mucho. Lo primero que quiero saber es qué hizo su *manager* después del combate de la otra noche.

El susto apagó el poco brillo de las pupilas de Fred.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó a su vez, para ganar tiempo, dirigiendo una angustiosa mirada a Barker.

—Ya lo ha oído. ¿Qué hizo Collins después del combate?

—No lo recuerdo en este momento.

—¿No se ocupó de usted?

—No lo creo. Ahora que recuerdo, no estaba en el camerino.

—¿Por qué no?

—John se quedaba siempre en la puerta para contener a los periodistas mientras sus ayudantes me cuidaban.

—Entendido. ¿Ha oído hablar de un hombre cuyo cuerpo se encontró en los alrededores del Circus?

—No.

Doe cambió de táctica.

Estaba furioso y harto de perder el tiempo.

Se puso en pie y dijo:

—Bueno. Voy a dejarle tranquilo, Dyson; pero esta noche, después del combate, tendrá que dedicarme mucho más tiempo que ahora. Pediré una orden de arresto a la SIP, pero tiene que hablar conmigo...

—Yo... —balbuceó el púgil.

Entonces, Barker intervino.

—Este señor tiene razón, Fred. Ahora puedes irte, pero esta noche ya me ocuparé yo de que tengas tiempo para hablar con él —y volviéndose a Doe expuso—: No hace falta, amigo, que pida una orden de arresto. Yo le aseguro que podrá hablar con él. Lo que le ocurre ahora es que está nervioso y sólo piensa en su combate de esta noche. ¡Lárgate, Fred!

—Sí, señor.

Una vez solos, Doe se acercó a la puerta.

—Me voy. ¿Quiere hacer el favor de contener a los perros?

Salieron y Thomas hizo restallar el látigo. Los mastines se alejaron hacia el fondo del jardín.

Dink se despidió de Barker y abandonó la finca, no sin recibir un gruñido del portero, que le miró con odio. Pero aquello era lo que menos importaba al hombre de la SIP.

Tenía otros quebraderos de cabeza.

* * *

Una vez en el hotel, Doe solicitó una conferencia urgente con Washington, que consiguió poco después, informando a Callowan de todo lo que había averiguado hasta el momento.

El jefe de la SIP le escuchó atentamente. Luego, cuando Doe terminó su relato, dijo:

—Ya ves, muchacho que todo cuadra perfectamente. Carlo debió descubrir algo feo.

—Estoy de acuerdo; pero ¿por qué no le suprimieron?

—Porque no querían arriesgarse. Saben perfectamente cómo se paga la vida de uno de nuestros hombres.

—Pero ¿y cuando declare Carlo?

—Tardará en hacerlo.

—¿Por qué?

Hubo una pausa que a Doe le pareció interminable.

—He estado con Daveira esta misma mañana.

—¿Y qué?

—Los médicos están todos de acuerdo. Y Sullivan, que lo ha examinado con todo cuidado, ha hablado claramente.

—¿Qué ha dicho?

—Que Carlo fue golpeado salvajemente, por alguien que llevaba guantes. Debieron tomarle por un "pushing". Le golpearon de tal manera y con tanto conocimiento, que tardará mucho tiempo en recobrar su memoria.

—¿Amnesia?

—Pat lo llama "amnesia traumática".

—¿Y los ojos?

—Igual. No ve nada aún, aunque Pat tiene confianza en que la recuperará poco a poco.

—Entonces, ¿no podemos contar con sus declaraciones?

—No... por algún tiempo.

—Comprendo.

—Ya comprenderás, Doe, de que hay que descubrir a los que hicieron daño a Carlo. Ahora, estamos seguros de que la orden de torturarle debió salir de muy arriba.

—¿Kerr?

—Desde luego. Pero hay que saberlo antes de obrar.

Doe preguntó:

—¿Y qué piensa del inspector Colbert, señor?

—Igual que tú. También las pagará todas juntas, pero cuando podamos demostrar su culpabilidad.

—De acuerdo.

—No creas que va a ser sencillo. Ya te habrás dado cuenta de que están dispuestos a que fracases.

—Lo sé.

—¿Crees que ese muchacho, Fred, te dirá algo nuevo?

—Tiene mucho miedo y es posible que consiga que suelte un poco la lengua.

—Bien. Sigue tu plan y golpea sin piedad, ya que cuando consideren que te vuelves verdaderamente peligroso, te atacarán... y esta vez no tendrán delicadezas como con Daveira. Está claro que sabían que era de la SIP y deseaban eliminarlo, pero sin quitarle de en medio.

—Pero ¿y cuando Carlo recobre la memoria?

—No quería decírtelo, Doe, pero es muy posible que Daveira no recuerde nunca lo que pasó aquella noche. Los que le golpearon eran maestros; es decir, los que dirigieron el "trabajo".

—¡No quedará ni uno para contarlo, señor!

—Eso espero. ¡Hasta la vista, muchacho!

—Adiós.

* * *

El Circus estaba abarrotado y el gentío rugía, impaciente, lleno de pasión.

Doe había logrado, pagándola muy bien, una silla de primera fila de *ring*, desde donde podía seguir con precisión todas las incidencias del combate.

No tardaron mucho en salir los púgiles. Dink reconoció al muchacho que había visto en "La Estrella", entrenándose bajo las órdenes del fallecido John.

Después de los anuncios de siempre, los púgiles se retiraron a sus respectivos rincones y los "apostadores" recorrieron las graderías, vendiendo sus boletos entre el griterío de la general demanda.

Por el ambiente se veía que casi la totalidad de las apuestas se inclinaban hacia el que nadie dudaba que iba a ganar el combate: Dyson, cuya fama era conocida por todos.

En efecto, nada más empezó el combate, la clase superior de Fred se impuso. Su adversario era un buen púgil, lleno de fuerza y entusiasmo, pero se veía claramente que le faltaba “oficio”.

Los puntos eran favorables a Fred cuando acabó el tercer asalto.

Pero la gente quería más.

Así, nada más empezar el cuarto, se oyeron gritos por todas partes.

—¡Queremos K. O.!

—¡Túmbalo, Fred!

—¡Acaba con él!

Fred intentó complacer al público. Y empezó a conseguirlo, arrinconando a su contrario en uno de los ángulos, de donde el otro parecía imposible que pudiera salir.

Pero entonces ocurrió lo inesperado.

Fred retrocedió palideciendo y llevándose los guantes al pecho; luego, sin que su contrincante lo tocase, cayó de bruces y quedó inmóvil sobre el cuadrilátero.

Su segundo se precipitó, así como el árbitro, quien se incorporó después y pidió un médico.

En medio de un silencio sepulcral el doctor examinó al púgil.

Después se levantó y se acercó a los micrófonos:

—Fred Dyson ha muerto —anunció, con voz ronca—. Su corazón ha fallado y ha sufrido un colapso.

Doe se estremeció.

No le cabía la menor duda de que Fred le había sido escamoteado como los demás testigos.

Y cuando abandonó el local, haciendo caso omiso de los salvajes que gritaban por haber perdido el dinero que habían apostado a favor del campeón, una sensación de indefinible depresión se había apoderado de él.

* * *

Su propia esfinge estaba ante él, quizá reflejada en la luna del armario o quizá no.

—¿Quién podía saberlo?

Tendido en el sofá, con la botella en la mano, Doe miraba con los ojos entornados aquella imagen suya que de pie, ante él, clavaba sus ojos en los suyos, severamente, con un aire de reproche.

Doe, el del sillón, movió la cabeza.

—¡Lárgate! —dijo, con voz pastosa. Y volvió a llevarse la botella a los labios.

—“¡Bebe! ¡Bebe! —rio “el otro”—. Es lo único que sabes hacer”.

—¿Y qué?

—“¡Que deberías morirte de vergüenza! Tú, el duro de los duros de la SIP, miembro selecto del “Servicio de Ejecuciones”... ¿qué diablos haces para vengar a tu amigo? No está muerto, pero ya sabes en el estado en que se encuentra... ¿Y qué haces tú?”.

—¡Lo que puedo!

—“¡Bah! Hasta ahora, los responsables no han hecho más que reírse de ti. Han acabado con todos los testigos que podían haberte aclarado un poco el camino...”.

—¡No he podido evitarlo!

—“¿Y crees que vas a adelantar algo bebiéndote una botella de “whisky”?”.

—¡Déjame en paz!

Y se levantó amenazador.

Pero la imagen había desaparecido.

Justamente, en aquel momento, el teléfono se dejó oír.

Con paso poco seguro, Doe fue hacia el aparato y lo descolgó.

—¿Diga?

La voz del recepcionista le contestó, al otro extremo de la línea:

—Hay un señor que pregunta por usted.

—¿Quién es?

—Dice llamarse Garni. Señor Howard Garni.

—No le conozco.

—Entonces... ¿no desea verlo?

Doe exclamó:

—No... es decir: hágalo subir.

—Bien.

Doe se dirigió al lavabo, poniendo la cabeza bajo el grifo y dejando que, al mismo tiempo que la piel, se refrescasen un poco sus ideas. Se secó y peinó, volviendo luego al salón, justo en el momento en que llamaban a la puerta.

—Adelante.

Empujaron la puerta y un joven, de no más de veinticinco años, extremadamente delgado y nervioso, hizo su aparición. Tenía una cabellera rizada, de color pajizo, con mechones que le caían sobre la frente. Pero sus ojos azules estaban cargados de bondad.

—¿Puedo entrar? —solicitó.

—Pase.

Doe le mostró uno de los sillones y el joven se dejó caer en él, como si

estuviese agotado.

—¿Un vaso?

Dink le sirvió, pero se abstuvo de beber, considerando que ya tenía bastante.

Se sentó frente al joven y encendió un cigarrillo.

—¿Qué quiere usted de mí, Garni?

—Llevo dos días buscándole, señor Doe.

—¿Buscándome? ¿A mí?

—Sí. Y, por desgracia, he tenido que arreglármelas como he podido, ya que no es como antes: ahora nadie me hace caso y todo el mundo me desprecia.

—¿Qué quiere usted decir?

—Muy sencillo. Que antes hubiese sido yo uno de los primeros que habría conocido la llegada de un hombre de la SIP a Los Ángeles. Y que ahora he debido mendigar para saber que estaba usted aquí, como me imaginaba. Porque después de lo ocurrido al señor Daveira, aunque los periódicos no hayan dicho nada, era normal que usted viniese. ¿No es así?

—Desde luego —repuso Doe, sorprendido.

—Ahora que le he encontrado, todo cambia.

—¿Por qué? Me gustaría saberlo.

—Porque yo puedo orientarle un poco, señor Doe.

—¿Usted?

—Sí. Pero antes de seguir, déjeme que le enseñe algo...

Se puso en pie, quitándose la chaqueta en un abrir y cerrar de ojos; luego se levantó la camisa, volviéndose para que Doe viese mejor.

La espalda estaba marcada con trazos oscuros, rojizos en el borde.

—¿Qué significa eso? —inquirió el hombre, de la SIP.

—Son las huellas que los hombres de Kerr me dejaron... una especie de tarjeta de visita.

CAPÍTULO VI



UEVAMENTE Garni se vistió, sentándose otra vez y bebiendo el resto de su whisky.

—Ya sé que he de empezar por el principio. Yo era el redactor deportivo del diario “The Angeles Courier”. Y, sin falsa modestia, no era de los más malos, ya que bastaba que los domingos llenase una página para que se vendiesen cien mil ejemplares más.

—¡No está mal!

—No “estaba” mal —rectificó Garni—. Me dedicaba, sobre todo, al boxeo, deporte que aquí, en Los Ángeles, predomina sobre los demás. Por algo es la residencia de los más famosos empresarios del mundo.

“Todo iba bien hasta que un día descubrí, por casualidad, algo monstruoso. Y digo que fue por casualidad porque, en realidad, así pasó.

—¿Qué ocurrió?

—Conoce “La Estrella”, ¿verdad?

—Sí.

—Yo iba allí un par de noches por semana, cuestión de oír lo que se decía. Del mismo modo iba también al “Ring”.

—¿Qué es eso?

—El local donde se reúnen los hombres de Harold Rihl.

—Entiendo.

—Aquella noche, como casi siempre, salí muy tarde. Pero cuando iba a subir a mi coche, me encontré que alguien estaba sentado en el bordillo de la acera, junto al vehículo.

—¿Quién era?

—Un pobre desgraciado, uno de esos boxeadores que lo han dado todo, que han malgastado su vida y su salud, enriqueciendo a los empresarios y *managers* y que acaban ciegos, tontos, con el cráneo lleno de hematomas y viendo alucinaciones por todos lados.

Hizo una pausa para encender un cigarrillo.

—El hombre —dijo después— se levantó al verme y me pidió dinero. No había comido, pero sí bebido bastante. Yo no sé qué bicho me picó. Pero lo cierto es que lo subí al coche, como pude, y me lo llevé a mi casa. Allí le di de

comer, mucho café, bien cargado, y un lecho donde durmió cerca de treinta horas.

—¿Y luego?

—Me olvidé de él hasta que me lo encontré en la cama de la habitación de los amigos, donde le había dejado... Se estaba muriendo.

—¿Eh?

—Lo que oye. Había pasado muy malos ratos y lo que le di de comer no iba a salvarle cuando, en realidad, ya no tenía salvación ni remedio alguno.

—¿Murió?

—Sí, pero tuvo tiempo de hablar un poco, antes de que llegase el médico, a quién llamé inmediatamente. El doctor diagnosticó una encefalitis fulminante, producida por los golpes que había recibido en la cabeza y que terminaron por reblandecerle los sesos. ¿Entiende?

—Sí.

—Luigi Ostello, que así se llamaba aquel desdichado, tuvo tiempo de decirme algo, haciéndome comprender el juego de Kerr.

—¿Qué le dijo?

—Que habían colocado algo en sus guantes, garantizando sus victorias ante cualquier enemigo.

—¿Algo en sus guantes?

—Sí.

—¡Pero si eso es imposible!

—Ya lo sé, señor Doe. Sé perfectamente que los guantes son examinados y que no se puede colocar nada en ellos.

—¿Entonces?

—El pobre desdichado murió y yo me quedé como usted puede imaginarse. De todos modos, hice lo que creí debía.

—¿Escribir?

—Sí. Hablé de Ostello, de su muerte y de las misteriosas palabras que había dicho.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Dos días después, alguien me llamaba por teléfono para decirme que me dedicase a mi trabajo y que no me metiera en camisas de once varas. Naturalmente, aquella llamada no hizo más que aguijonear mi curiosidad y hablé de ello en el periódico.

—¿Y...?

—Sencillo, señor Doe. Aquella misma noche, al salir de la redacción, tres tipos me metieron en un coche que no era el mío y me llevaron a la casa de Kerr.

—¿“Las Lilas”?

—Sí.

Doe preguntó:

—¿Vio a Kerr?

—Claro que lo vi, aunque fue por poco tiempo, ya que pronto no tuve más remedio que limitarme a ver las estrellas. Me golpearon, quemándome después las heridas. Ya ha visto las cicatrices.

—Sí.

—Al día siguiente, mi director me llamó para decirme que sentía mucho tener que prescindir de mis servicios.

—¿Lo echaron?

—Como un trapo inservible. De esto hace un mes. Así, cuando supe que esos locos habían cometido el error de atacar a un tipo de la SIP, me dije que no tardarían en intervenir ustedes y cuando supe que el herido era Carlo Daveira, del “Servicio de Ejecuciones”, me convencí de que acababan de firmar su sentencia de muerte.

—¿Cree usted que mi amigo descubrió algo importante?

—¡Sin duda alguna! ¿Es que no se lo ha dicho?

—No.

Y Doe explicó el lamentable estado en que se encontraba Carlo.

—No me extraña que obren con tanta cautela. Hay alguien, al lado de Kerr, capaz de haber inventado algo nuevo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que Sam Kerr no es más que un granuja, pero no lo suficientemente listo como para inventar algo que haya sido capaz de suprimir la memoria de su amigo y dar la victoria a los púgiles presentados frente a hombres como Irimesku.

—Entonces ¿los hombres de Rihl son buenos?

—Mucho mejores que los de Sam Kerr. Pero esto no quiere decir que Harold no sea un sinvergüenza. Lo es, ya que explota sin conciencia a los pobres muchachos que caen en sus manos. Lo que ocurre es que no llega hasta matar... como el otro, que se ha impuesto por el terror.

—Comprendo.

—Hay algo más que yo deseaba decirle, señor.

—¿Qué?

—No sé si lo aceptará; pero la única persona capaz de decir lo que Sam hace para trucar los combates es Rihl.

—¿Su contrincante en los negocios?

—Sí.

—Pero ¿cómo no lo ha denunciado?

El joven periodista sonrió.

—Son lobos de la misma camada, señor. En realidad, aunque Sam gana mucho más dinero que Harold, el otro no pide limosna. Piense usted que todos los beneficios del boxeo van a las manos de esos dos hombres.

—¿Y está usted seguro de que Rihl lo sabe?

—Por completo. Harold no es tonto. Lo que ocurre es que se calla porque el otro posee una banda más fuerte que la suya y porque el escándalo, si se diese, le comprometería también, hundiéndole al mismo tiempo que su adversario. Comprenda que si la gente supiese que Harold conocía las malas artes de Sam y no las denunció a tiempo, lo consideraría tan culpable como al otro. No sé si conoce el ambiente deportivo, señor... pero la gente es fanática e intransigente hasta lo indecible.

—Es cierto.

—Por eso, al mismo tiempo que le recomiendo se entreviste con Harold, temo que éste no despegue los labios, a menos que usted le prometa que nadie sabrá lo que le diga.

—Yo no puedo prometérselo, puesto que tendré que comunicarlo a la SIP y ésta lo hará público.

—Entonces no dirá nada.

—Eso me temo.

—Lo importante es saber que no andamos errados. Lo que ese pobre boxeador dijo coincide con todo lo que ha ocurrido. Porque cada vez estoy más seguro de que Daveira descubrió algo semejante.

Hubo una pausa.

Luego Doe, poniéndose en pie, invitó:

—Vamos a comer por ahí.

—¿Ahora?

—¿Es tarde?

—No —y el joven sonrió—. Nunca es tarde para comer.

Abandonaron el hotel. Una vez en el coche, Dink preguntó a su acompañante:

—¿Conoce algún sitio donde se coma bien?

—Podemos ir a casa de Ling: es un sitio estupendo.

—Guíeme, por favor.

Diez minutos más tarde se detenían en pleno Boulevard Hollywood ante una casa de tres pisos, cuya fachada estaba llena de letreros en curiosos caracteres chinos, luminosos y de colores variados.

El interior había sido adornado con sumo gusto, en puro estilo oriental, y

Doe se sintió a gusto.

Pidieron unos platos que llamaron la atención del hombre de la SIP y que comieron con verdadero apetito.

Estaban tomando café y fumando sendos cigarrillos cuando una sombra alta se proyectó sobre la mesa.

Los dos levantaron la cabeza.

El hombre que estaba junto a la mesa era alto, de anchas espaldas y rostro —¿cómo no?— de boxeador.

Howard había palidecido un tanto.

El boxeador no dejaba de mirarle. Y finalmente, Doe, molesto, empezando a estar harto, preguntó:

—¿Deseaba algo?

El otro le miró e hizo algo por sonreír, aunque no consiguió más que una mueca.

Dijo:

—Con usted no va nada, amigo... pero no puedo consentir que este gusano esté donde yo como. ¡Lárgate, bicharraco!

—Un momento —volvió a decir Dink.

—Ya le he dicho que no iba nada con usted, amigo. Puede quedarse cuanto quiera.

—No me ha entendido, "amigo"... este señor está conmigo. Es mi invitado.

—Pues lamento de veras que haya cometido ese error... porque este tipejo va a salir de aquí inmediatamente. Es un "emborronacuartillas" embustero y traidor, que se atrevió a decir que nosotros hacíamos trampa en los combates.

—¿Y no es cierto?

Los ojillos del boxeador, tras sus peludas e hirsutas cejas, brillaron intensamente al mirar a Doe.

—Es preferible que no se meta en esto, amigo. Deje que yo arregle a este, gusano... si es que no quiere seguir el camino que él va a tomar.

¡Era demasiado!

Doe se puso en pie.

—Deje tranquilo a mi amigo —dijo.

El otro abombó el tórax.

Dijo:

—¿Es que intenta amenazarme?

—Claro que sí. Váyase si no quiere que le estropee aún más el físico... ¿Se ha mirado alguna vez a un espejo con los ojos abiertos?

El otro rugió, lanzando su formidable puño derecho hacia el rostro de Doe.

Pero era demasiado lento. Dink evitó el golpe, sintiendo silbar el brazo junto a su oído. Y al mismo tiempo lanzó el suyo, el derecho, contra la nuez del boxeador, que lanzó un rugido antes de caer de rodillas. Ocasión que Doe no dejó pasar.

Un puntapié en el mentón y el púgil salió lanzado hacia atrás, como si hubiera chocado con un expreso, quedando tendido tan largo como era.

Uno de los camareros chinos se acercó, trotando con pequeños pasos. Su rostro estaba más amarillo que de costumbre.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó—. ¿Por qué ha pegado a este señor?

Doe sonrió.

—No ha sido nada.

Sacó un par de billetes de la cartera y los dejó sobre la mesa.

—Vamos, amigo.

El periodista le siguió.

Una vez en el coche, Garni lanzó un profundo suspiro.

—¡Es usted un hacha pegando, señor!

—¿Quién era ese tipo?

—David Dak. Ya no boxea. Y no tenía motivos para meterse conmigo.

—¿Por qué lo hizo entonces?

—Porque es un matón de la banda de Kerr.

—Comprendo. ¿Dónde vives?

—Bastante lejos. Es mejor que me deje aquí.

—Como quieras. ¿Te veré mañana? Quiero que me hables más de Rihl y de la manera de acercarse a ese tipo. Sí consiguiera que me diese algunas pruebas contra Kerr, tendría todos los triunfos en la mano.

—Iré mañana a verle, señor Doe. Cuente conmigo. Y se me olvidaba decirle una cosa muy importante.

—¿Cuál?

—Que Sam y Harold trabajaron juntos al principio. Por algo le dije que son lobos de la misma camada.

—Bien. Ya tendré cuidado, pero necesito que me hables más de esos dos, sobre todo de Rihl. ¡Hasta mañana, Howard!

—Hasta mañana, señor.

Doe detuvo el coche y el muchacho saltó de él, haciendo un gesto de despedida.

Dink apretó el acelerador.

* * *

Nada más ponerse, en pie, ayudado por el chino, David marchó hacia la

cabina telefónica y marcó un número con su gruesa mano.

Le temblaba la barbilla de cólera.

—¿Diga?

—Soy Dak.

—¿Qué hay?

—He seguido a ese polizonte. Vino a casa de Ling.

—¿Con quién?

—Con aquel periodista al que dimos una buena lección.

—¿Te refieres a Garni?

—El mismo.

—¿De dónde venían?

—Del hotel.

—¿Y no pudiste impedir que ese gusano viese al policía?

—No me fue posible. Yo estaba en el "hall" y el otro pasó sin que me diera cuenta. Luego les seguí hasta aquí, cuando marcharon del hotel.

—¡Idiota!

Y tras una pausa, la voz preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Intenté sacar a ese tipejo, pero el otro me golpeó... a traición.

El otro rio haciendo vibrar el auricular.

—Bueno... dejemos eso. ¿Dónde han ido?

—No lo sé. El tipo de la "poli" me tumbó.

—¡Coge el coche, imbécil! ¡Y síguelos! No deben estar lejos. Deben dirigirse hacia el hotel del policía. Y si ese periodista no tuvo bastante con la lección que le dimos... ¡amplíasela!

—O.K.

Dak cortó y corrió a la calle. Por suerte, cuando se dirigía hacia su coche, vio el del policía que se alejaba avenida abajo, hacia la ciudad. Le siguió.

Luego, cuando Howard bajó del vehículo del hombre de la SIP, el exboxeador sonrió. Y siguió lentamente a Garni, hasta que éste, cinco minutos después, se decidió a cruzar Palmer Square.

Había llegado el momento.

David se dijo que era una lástima molestarse otra vez. Además —y esa era la razón de mayor peso— seguía doliéndole el cuello y la cara de los dos golpes que el polizonte le había dado en el restaurante del chino... Por eso era mejor obrar como la otra vez. Cuando había matado a aquella rubia entrometida.

No tuvo más que apretar el acelerador un poco más para que el coche se

lanzara hacia adelante, como una máquina de destrucción y muerte.

Centésimas de segundo antes de ser atropellado, Howard se volvió para ver el coche, abriendo los ojos desesperadamente. Pero no pudo hacer nada.

En realidad, apenas si notó David el efecto del choque.

Garni, destrozado, fue despedido hacia un lado del coche, quedando en medio de la plaza como un monigote desarticulado, como una de esas marionetas a las que le hubieran cortado todos los hilos de un solo golpe.

CAPÍTULO VII



INK se despertó muy de mañana. Había pasado una mala noche y deseaba algo importante. Estaba empezando a cansarse de correr de un lado para otro, en busca de las pruebas que necesitaba y no quería perder más tiempo.

—En cuanto venga ese muchacho —se dijo, mientras se afeitaba—, iré a ver a Harold. ¡Y voy a convencerle, sea como sea!

Terminó de vestirse; luego consultó la hora. Después llamó a la recepción.

—¿No ha preguntado nadie por mí?

—Nadie, señor.

—Bien. Diga que me suban el desayuno y la prensa. Luego, si viene mi amigo, subirá otro desayuno.

—Así se hará, señor.

Momentos después, mientras el camarero disponía el desayuno, Doe echó una rápida ojeada al periódico.

Casi toda la primera página reproducía una entrevista con Sam Kerr y Harold Rihl, realizada por dos reporteros distintos, y en la que se anunciaba que lo Howie, el joven púgil ante el que murió Dyson, había retado a Irimesku, el nuevo campeón gracias al fallecimiento de su vencedor. Y el combate estaba anunciado para la noche del día siguiente.

Doe pasó las hojas, saltando todo aquello que no le interesaba, y que era mucho.

Hasta que llegó a la página de sucesos.

Era como si una rara y sorprendente intuición le hubiera hecho detener la vista en la pequeña nota que había entre dos anuncios, como un trozo anónimo que hubiese sido encasillado allí por pura casualidad.

PERIODISTA ATROPELLADO Y MUERTO

Anoche, en Palmer Square y a una hora que aún no se ha podido determinar, un coche, cuyo conductor se dio a la fuga, atropelló y mató instantáneamente a un joven llamado Howard Garni. El cadáver pasó a disposición del médico forense.

Dink sintió como si algo ardiente le recorriera las venas. Haciendo caso omiso del desayuno que el camarero le había dejado preparado, se puso la gabardina y salió a la calle, dirigiéndose al lugar donde había dejado el coche.

¡No podía más!

Hasta aquel momento había esperado pacientemente que las cosas se arreglasen, despreciando un tanto los puntos que se iban anotando sus adversarios.

Pero habían terminado con su paciencia.

Ahora estaba dispuesto a pasar francamente al ataque. Y sus enemigos iban a darse cuenta de que habían cometido un error tremendo al sacarle de quicio, cosa que había ocurrido al matar a aquel pobre muchacho que, después de todo, no había hecho, desde el principio, otra cosa que cumplir con su deber de buen ciudadano.

Pensando que tendría que esperar a la noche para encontrar a la persona con la que le interesaba tener una importante "conversación", se dijo que había llegado el momento de jugar ciertas cartas. Y después de haberse informado de la dirección, apretó el acelerador dirigiéndose hacia el lugar de reunión de los hombres de Rihl.

"El Ring", así se llama aquel club, ofrecía un aspecto exterior que recordaba un tanto "Las Lilas", pero aquí no había tanta exageración en la vigilancia y fuera de un viejo guardián, que estaba a la puerta, no iba a encontrar Doe ni alambradas eléctricas ni furiosos mastines.

—Deseo ver al señor Rihl —dijo al vigilante—. Es muy urgente.

El hombre preguntó:

—¿De parte de quién?

—De un agente de la Spacial International Police.

—Un momento, por favor.

El hombre penetró en una garita y Doe le oyó hablar por teléfono. Momentos más tarde, el vigilante reaparecía.

Dijo:

—Puede pasar, señor. Voy a abrirle la puerta para que pase el coche.

—Gracias.

Doe recorrió el medio kilómetro que separaba la entrada de la casa, deteniendo el vehículo junto a la escalinata y viendo que ya había un hombre allí que le estaba esperando, sin duda.

El hombre se adelantó y tendió una mano al agente, que éste estrechó con cordialidad.

—Me llamo Harry Preston —dijo el otro.

—Yo soy Dink Doe. ¿Está el señor Rihl?

—Le está esperando. Haga el favor de seguirme.

El interior de la casa estaba lujosamente amueblado, pero con mayor gusto que el "living" pretencioso de "Las Lilas". Un hombre de unos cincuenta años de edad, de cabellos blancos, les esperaba en el salón.

Después de las presentaciones de rigor, el anfitrión ofreció asientos, rogando a Preston que les sirviera algo de beber.

—Usted dirá —dijo, mirando a Doe.

El agente de la SIP se había dado cuenta, desde un principio, que Harold era el clásico hombre de presa en los negocios. Se veía claramente en su actitud, en sus gestos, en el brillo dominador de su mirada.

—Voy a ir al grano enseguida —repuso Dink—. ¿Cuál es el estado de sus relaciones con Kerr?

—Bueno.

—¿De veras?

—¿Por qué no habría de serlo?

Doe sonrió.

—Mire usted, Rihl. No podemos perder el tiempo en una esgrima verbal que no tiene cabida en esta conversación. Y para que no haya duda alguna respecto a mis intenciones, voy a poner las cartas sobre la mesa. Estoy dispuesto a terminar con Sam Kerr y su organización.

—Muy interesante.

—Sobre todo para usted.

—No le entiendo.

—Pues está clarísimo. Si Sam desaparece, usted pasará a ser el primer empresario de boxeo del mundo. ¿No le parece interesante?

—Muchísimo.

—Ya sé que todo depende de la manera en que Sam termine su reinado. Ve usted que estoy informado del asunto.

—En efecto; pero sigo sin entenderle bien.

—Hablaré más claro, puesto que usted lo desea: sé que los procedimientos empleados por usted no son como los de Kerr, pero tampoco son demasiado limpios.

—¡No puede acusarme de nada!

Doe dijo:

—Ahora no, en efecto. Pero puede estar seguro de que llegará el momento en que tendré esas pruebas y entonces será demasiado tarde para usted.

—¿Me amenaza?

—No, es sólo un aviso. Porque todo depende de la respuesta que dé usted a mi próxima pregunta.

—Hágala.

—¿Va usted a suministrarme las pruebas de la culpabilidad de Sam Kerr, Harold?

Rihl se mordió los labios.

Luego, con un extraño brillo en los ojos, repuso:

—No sé nada de eso.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Ha pensado usted que acaba de condenarse por negar su colaboración a la ley?

—Yo nunca negaré la colaboración a la ley, amigo mío. Pero no puedo hacer nada si desconozco lo que usted desea saber.

Sin dejar de sonreír, Doe se puso en pie.

—Muy bien —repuso—. Está usted avisado, amigo. Y tiene hasta esta noche para decidirse. Si desea seguir trabajando en paz, vaya a verme al hotel; estoy en el Maryland. Si no se atreve a hacerlo, usted cargará muy pronto con el peso de una responsabilidad que le corresponderá por entero. Encantado de haberle conocido, Harold... y gracias por el "whisky". ¡Era excelente!

Rihl no despegó los labios, pero hizo un gesto a Preston para que acompañase al visitante hasta el coche.

Una vez en su vehículo y cuando hubo pasado junto al vigilante, al que saludó con un gesto, Doe apretó el acelerador, nada descontento de lo que había hecho.

"He sembrado la intranquilidad en el corazón de ese hombre. En realidad, me gusta muy poco, pero es preferible al otro. Si no es tonto, escuchará mi consejo. Porque si no lo hace, acabaré con él en cuanto haya terminado de ajustar cuentas con Sam Kerr...".

Sintió una pena inmensa al recordar que aquel plan le había sido mostrado por el pobre Garni.

¡Qué estúpido había sido al dejar que el joven se separase de él, sobre todo después de saber que sus enemigos iban eliminando los testigos que él descubría!

Pero ya no podía hacer nada por él. Es decir: lo vengaría... y no tardando mucho.

Volvió al hotel, sabiendo que no podía hacer nada hasta que llegara la noche. Y así fue como, al oscurecer, se dirigió hacia "La Estrella", aparcando el coche en un lugar desde el que podía dominar la entrada.

No se movió del vehículo.

Con una paciencia ejemplar, esperó hasta ver entrar al hombre que había intentado expulsar a Garni del restaurante de Ling. El exboxeador llegó en un coche, del que descendió calmosamente, dirigiéndose después al club.

Doe esperó todo lo que fue necesario.

Tenía hambre, pero resistió, viendo llegar la noche, iluminarse las calles y entrar y salir multitud de gente de "La Estrella". Hasta que juzgó que había llegado el momento de obrar.

Abandonó su coche y se aproximó al de David, cuya puerta abrió, con una ganzúa magnética. Penetró en la parte posterior y se sentó sobre la alfombra.

Los minutos pasaron con una lentitud interminable. Pero Dink estaba acostumbrado a la caza del hombre y esperó, tranquilo, procurando no moverse pero impidiendo que la postura adormeciese sus músculos.

Fue entonces cuando unos pasos se acercaron al vehículo y la llave penetró en la cerradura de la puerta de delante. Un hombre entró, tomó asiento, cerró la portezuela de un golpe y puso el coche en marcha.

Doe esperó aún.

Faltaba muy poco para la medianoche y no sabía qué dirección iba a tomar el conductor. Pero aquello le importaba poco y fue levantándose, después de sacar la Special-Lüger, teniendo mucho cuidado de no caer antes de tiempo en el campo visual que el retrovisor proporcionaba a David.

Lo primero que éste sintió, estremeciéndose, fue el frío contacto del cañón del arma sobre la nuca.

—¿Eh? —exclamó.

—Sigue conduciendo, pero no vayas muy aprisa.

—¿Quién eres?

—Un amigo... no temas. Sigue todo derecho.

David obedeció y muy pronto salían a los arrabales de la ciudad, encontrándose poco después en plena carretera, con la oscura campiña a ambos lados.

—Si quieres dinero — dijo el boxeador, que no había reconocido a su enemigo —, estás perdiendo el tiempo. Tendremos que volver a casa para dártelo.

—Muy generoso —rezongó Doe.

Y unos cuantos minutos después, cuando vio un ramal de carretera secundaria a un lado, ordenó:

—Tuerce a la derecha.

Dak obedeció.

—Ahora para.

El otro frenó.

—Baja.

Dejó que el otro abriese la puerta para hacer él lo mismo. Y como Dak había dejado los faros encendidos, le hizo avanzar, colocándole frente a ellos

y poniéndose él de espalda al coche para no ser deslumbrado y poder vigilar cómodamente a su prisionero.

—¿Me reconoces ahora? —preguntó.

Dak sudaba con abundancia.

—Sí.

—Me alegro. Así nos evitamos las presentaciones.

Dak preguntó:

—¿Qué quiere usted de mí?

—Muy poca cosa. Sólo unas preguntas. ¿Quién te ordenó matar a mi amigo Garni?

—¡Yo no he matado a nadie!

Una sonrisa helada abrió los labios de Doe.

Y señalando la Specíal-Lüger, advirtió:

—No seas idiota, amigo. Fíjate bien en este silenciador. Es un último modelo y no hace ruido alguno cuando se dispara. Y voy a hacerlo, sin tirar a sitios vitales, pero donde te haga verdaderamente daño. ¿Me entiendes?

—Yo no sé nada.

—Está bien.

Y apretó el gatillo.

Tal y como había dicho, el disparo apenas si se oyó. Pero Dak sintió un dolor espantoso en el codo que le hizo dar un salto al tiempo que gritaba:

—¡Ay!

—Ha dolido, ¿eh? Pues esto no es nada ¿Quién te ordenó matar al periodista?

—¡No lo sé!

Esta vez, Doe le disparó a la oreja izquierda, arrancándola casi de un disparo. La sangre manó abundantemente.

En cualquier ocasión, Dink hubiera disparado al corazón y terminado de una vez. Pero el recuerdo de lo que aquel granuja había hecho a Garni, porque no dudaba que era él el culpable, le ponía tan furioso que estaba dispuesto a partir en pedazos a aquel criminal.

—¿Quién te dio la orden? —insistió.

David había perdido, toda la confianza en sí mismo. Sabía que tenía ante sí a un hombre dispuesto a todo.

Por eso, con un hilo de voz, repuso:

—El jefe.

—¿Quién es?

—Kerr.

—¿Y qué ocurrió con mi amigo Carlo, aquél que abandonaron en la calle detrás del Circus?

—Yo no sé nada. Me llamaron para que lo llevase con Collins.

—¿Así que tú eras el otro acompañante de Daveira?

—Sí, pero ni Collins ni yo intervinimos en nada. Nos llamaron después.

—¿Quién estaba con el agente?

—Barker, Kerr y el joven boxeador Howie.

—Está bien. Si te detuviese ahora, terminarías en la Cámara Electrónica, pero tú no sabes que nosotros, los del "Servicio de Ejecuciones", no solemos perder el tiempo. Has asesinado a un pobre muchacho, que no te había hecho nada...

—¡Me mandaron hacerlo!

—Pero eso no te exime de responsabilidad.

Y apretó otra vez el gatillo. Pero ahora había apuntado entre ceja y ceja.

* * *

Harold estaba nervioso, como nunca, y se paseaba por la habitación, encendiendo cigarrillo tras cigarrillo. Sentado en un sillón, Preston le miraba en silencio.

Hasta que el otro se detuvo ante él.

—¿Qué hacemos, Harry? ¿Qué demonios podemos hacer?

—No lo sé. Tengo la cabeza como un trompo.

—Yo no puedo denunciar a Kerr, ya que ese policía endiablado podría llegar a saber que Sam y yo trabajamos juntos desde el primer momento.

—Eso sólo lo saben Sam y Thomas Barker.

—¿Y no te parece suficiente? Si el policía los matase, sin dejarles hablar, yo no dudaría un momento en venderlos, ya que, como sabes, Sam me ha humillado mil veces, hasta que no he tenido más remedio que ponerme a su disposición.

—También está el doctor Stuart.

—Tienes razón. ¡Otro peligro más!

—¿Entonces?

—No lo sé... Nunca me encontré, como ahora, entre la espada y la pared.

—La gente cree en ti, Harold.

—Es verdad. Pero mi fama de hombre de limpia conducta ante el público es, como sabes, parte del plan de Sam.

—De todos modos, si tú escapases con bien, el público aceptaría lo que dijeses, ya que cree en ti.

—¡No me tientes, Preston!

—Ya sé que es una jugada muy difícil y que hay que decidirse, pero tenemos que obrar con firmeza, una vez nos hayamos trazado el camino a seguir.

—¿Y cuál es ese camino?

—Me gustaría mucho poder aconsejarte, Harold. Pero es demasiado importante para hacerlo.

—¡Maldición! Eso es lo peor. Que tengo que decidir yo mismo. Jugarme todo a una carta... ¡No puede ser!

—¿Entonces?

—Escucha, Preston. Si traicionamos a Kerr, es muy probable, casi seguro, que él nos arrastre fatalmente en su caída. Tiene documentos míos firmados. Y aunque mi responsabilidad es puramente económica, acabaría de cabeza en los tribunales.

—No lo creo.

—¿Eh?

—Digo que no lo creo.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo mejor es hablar claro. Si dijéramos a ese policía que has obrado de tal y tal manera, aceptando dinero del que ganaba Kerr a manos llenas, porque descubriste sus trampas en el juego, creo que el hombre de la SIP comprendería.

—¡No me fío de los polizontes, Harry!

—Espera y escúchame.

—Habla.

—Imagina que voy a ver a ese tipo y que le digo que estamos dispuestos a aclarar sus dudas para que pueda castigar a Kerr, pero con una condición.

—¿Cuál?

—El que nos facilite antes los libros de Sam. Se le puede hablar francamente.

—¿Y si no acepta?

—Pues entonces hablamos con Sam y nos preparamos a luchar a su lado, codo con codo. Avisándole, puede hacer desaparecer todas las pruebas que demostrarían su culpabilidad e impedir, así, que ese policía pudiera denunciarle.

—Está bien. Vamos a imaginar que acepta. ¿Crees que podrá traernos los libros?

—Estoy convencido de ello. Él necesita saber qué fue lo que descubrió el otro agente de la SIP para que Kerr se “ocupase” de él como lo hizo. Nosotros lo sabemos, pero no se lo diremos hasta tener en nuestras manos los libros, que nos apresuraremos a destruir.

Rihl sonrió.

—¿Sabes que eres un tipo inteligente, Harry?

—Se hace lo que se puede.

—¡De acuerdo! Ve al hotel Maryland y habla con ese tipo. Pero hazle ver claramente que no soltaremos prenda si no nos entrega los libros.

—Descuida, se lo diré claro como el agua.

CAPÍTULO VIII



A voz de Callowan sonó al otro extremo de la línea.

—¿Qué tal, muchacho?

—Bien, señor. ¿Y Carlo?

—Sigue igual, pero ha recobrado parte de la vista.

—¿De veras?

—Sí. En cuanto a la memoria, obraron con una malicia tremenda, produciendo una amnesia limitada a lo que él había visto y que, por desgracia, no volverá a recordar jamás.

—¿Cómo pudieron hacerlo?

—Lo ignoramos. Pero quien lo hizo sabía mucha anatomía del sistema nervioso.

—¿Un médico?

—Casi seguro.

—¿Se recuperará pronto?

—Una par de semanas.

—¡Cuánto me alegro! Con las ganas que tengo de tirarle de las orejas.

—Lo harás. ¿Avanzas algo?

—Creo que sí. Anoche terminé con el hombre que había matado al periodista, cuyo informe le envié a usted ya.

—Sí. Leí la prensa de Los Ángeles y me imaginé que seguían eliminando testigos importunos.

—Ya está vengado. Pero hay algo más.

—Di.

—Ha venido a verme Harry Preston, es el ayudante o el secretario de Harold Rihl.

—¿Y bien?

—Me ha propuesto, algo.

—¿El qué?

—Verá usted, señor. Rihl ha trabajado en combinación con Sam, desde un principio.

—Era de esperar.

—En realidad Harold se vio obligado, a la fuerza, a colaborar con el otro, a

cuya banda de matones y asesinos temía Rihl.

—Comprendo.

—Preston dice que fue por verdadera casualidad como descubrieron lo que hacía el otro para ganar los combates, ante la extrañeza general. Naturalmente, no me ha dicho de qué se trata.

—¿Y qué quiere que hagas para decírtelo?

—Sam pagaba a Harold una cierta suma en cada combate trucado, ya que las ganancias importantes se hacían, como siempre, a base de las apuestas. La gente apostaba por el que debía vencer lógicamente. Y siempre ocurría lo contrario.

—¿Cómo lograba engañar al público?

—Muy sencillamente: Rihl se había creado una aureola de hombre de limpia conducta, intachable de pies a cabeza y preparador de púgiles de la mejor calidad. En un principio, Sam dejaba que los boxeadores de su adversario ganasen combate tras combate, llegando pronto al pináculo de la fama. Entonces surgía un "valor" de Kerr, un muchacho joven que se atrevía a retar al campeón que había conseguido Harold.

—Muy ingenioso.

—Naturalmente, el público apostaba por el campeón y era siempre el otro el que vencía. Al poco tiempo, se celebraba un nuevo combate, provocado esta vez por un desafío del vencido. Y ganaba el que tenía menos carga de apuestas, con lo que Sam se llenaba los bolsillos en ambas ocasiones.

—¿Y Rihl?

—Se llevaba un hermoso porcentaje bajo recibo. Por eso desea los libros del otro.

—¡Ah!

—Preston me ha prometido pruebas definitivas contra Sam si le entrego los libros.

—Hazlo. ¿Me entiendes?

Doe sonrió.

—Pensaba hacerlo, señor.

—¿Dónde están esos libros?

—En "Las Lilas".

—Obra con mucho cuidado. Y no tengas piedad con nadie. ¿Entendido?

—Así lo haré.

—No dudes que esa gente, si te descubren en el interior de la casa, pensarán que ya sabes demasiado y que ha llegado la hora de quitarte de en medio.

—Lo sé.

—Lo importante es conseguir los libros y entregárselos a Preston. Necesitamos esas pruebas para poder liquidar, de una vez para siempre, este

enojoso asunto. ¡Buena suerte, Doe!

—Gracias, señor.

Doe colgó, dejándose caer después en uno de los sillones de su habitación.

Tenía que esperar a que se hiciese de noche para ir a la finca de Sam. Y no podía evitar una triste sonrisa al pensar en los mastines, que sin duda alguna andarían libres por el jardín cuando él penetrase en su interior.

Sin contar con la alambrada eléctrica.

Pero esto último era lo que menos preocupaba a Doe, que iría preparado para vencer aquel obstáculo.

El pensar que, con un poco de suerte, se acercaba el momento de ajustar las cuentas a Sam, le hizo ponerse de buen humor, prestándole la suficiente calma para esperar con paciencia la llegada de la noche.

Cenó muy temprano y frugalmente, saliendo luego para recoger su coche con el que se dirigió hacia el norte, avanzando por la autopista sin detenerse hasta que llegó a las cercanías de Las Lilas.

Procuró dejar el vehículo bien oculto en un camino secundario. Y cuando salía de él, tuvo que volverse a esconder para no caer bajo los focos potentes de un vehículo que salía de la finca de Sam.

¿Quién iría en él?

Si tuviese la suerte de que sus ocupantes hubieran ido a la ciudad, la cosa sería mucho más sencilla.

Pero no se hacía ilusiones.

Recordó entonces, mientras avanzaba hacia la casa, que aquella noche se celebraba en el Circus el combate entre el rumano y el joven Howie, el hombre que, según Dak, había estado con Daveira cuando éste fue torturado.

Otro con el que tenía que ajustar cuentas.

Sin embargo, lo más importante era conseguir las pruebas contra Kerr y por eso estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo con tal de apoderarse de los libros que interesaban a Harold Rihl.

Había llegado junto a la tapia.

El silencio era intenso, pero estaba lleno de presagios y el agente de la SIP no lo ignoraba, pero tenía que conseguirlo.

Buscó un lugar por el que trepar con facilidad por la alambrada y lo hizo con todo cuidado, llevando en la mano una especie de pinza, que pensaba lanzar sobre el cable amarillo, provocando un cortocircuito.

Tenía que medir cada movimiento, de modo a dejarse caer de nuevo mientras la chispa se producía sobre su cabeza. Y saltar entonces, a toda velocidad, sin dar tiempo a que los habitantes de la casa, al darse cuenta de que la corriente se había cortado, fueran a investigar en la cerca.

Calculó la distancia, lanzando la pinza, y dejándose caer al mismo tiempo.

Un chispazo tremendo rasgó la oscuridad, pero no duró más que unas

cuantas décimas de segundo y ya estaba Doe en lo alto de la cerca cuando la luminosidad acababa de apagarse.

Se dejó caer al otro lado.

Había sacado la pistola y avanzó tangencialmente, con los ojos fijos en la casa, cuyas ventanas interiores estaban iluminadas, pero de la planta superior no salía luz alguna.

Un intenso olor a lilas le rodeo.

“No tendrán que buscar lejos las flores para colocarlas sobre mi tumba” —pensó sonriendo.

Pero siguió avanzando.

Lo hacía de un modo desigual, luchando por vencer la oscuridad que le rodeaba, extrañado de que los perros no hicieran acto de presencia.

¿Es que la suerte le iba a acompañar de aquel modo?

“No te fíes demasiado, Doe —se dijo—. Esta tranquilidad no presagia nada bueno”.

Había recorrido ya la mitad del camino hacia la casa cuando vio que la luz de la planta baja se apagaba en todas las ventanas que, como calculó, debían corresponder al espacio *living* en el que había hablado con Barker.

“No puede ser —pensó—. Es imposible que no se hayan dado cuenta de que la línea ha saltado...”.

A pesar de su sangre fría, le ponía nervioso aquella tranquilidad y juzgaba la paz que reinaba como demasiada hermosa para ser verdad.

Pero no tenía más remedio que seguir avanzando.

Y así lo hizo.

Estaba ya junto a la casa y pensó que lo mejor era buscar una puerta por la parte posterior, quizá la de la cocina, que sería el más práctico camino que seguir.

Mas al llegar a la esquina de la fachada, la luz se encendió en la parte de atrás. Aquello le hizo sonreír, pues estaba empezando a estar harto de tantas “facilidades”.

Se movió con cierta rapidez, hasta llegar junto a la ventana iluminada, por la que se atrevió a asomar la cabeza. El portero que tan “amablemente” le había recibido la vez anterior estaba allí, de espaldas a la ventana, fisgoneando en la enorme nevera que había en un rincón de la cocina.

“Esto va mejor —se dijo el hombre de la SIP—. Está claro que todos se han ido y que este pillo se aprovecha para beberse una botella de sus amos...”.

En efecto, vio que el exboxeador sacaba una botella y que sonreía mientras la levantaba a la luz, para comprobar si no estaba vacía.

Doe no perdió más tiempo.

Ahora sabía que podía entrar por la puerta anterior, cosa que hizo, utilizando su ganzúa magnética. Luego cerró la puerta con todo cuidado.

Y fue en aquel preciso instante cuando una fuerza poderosa le arrancó el arma de la mano, como un invisible brazo contra quien no pudo hacer nada.

Se encendió la luz.

Junto al conmutador y con el látigo en la mano, reía Thomas Barker. Y en el salón, al lado de la pared, inmóviles, pero con los ojos inyectados en sangre... ¡estaban los mastines!

—Buenas noches, amigo —dijo el hombre del látigo.

Doe vio su Special-Lüger en el suelo, sobre la alfombra, al lado de Thomas y aún enrollado su cañón en el extremo del látigo.

No cabía la menor duda de que aquel hombre era un verdadero maestro con el látigo en las manos.

—Siéntese —ordenó Barker.

Y Doe no tuvo más remedio que obedecer.

Apareció entonces el boxeador, con una sonrisa burlona en los labios.

—¿Cayó, señor?

—Como un tortolito. Fue sencillo, desde que nos dimos cuenta de que la línea de alta tensión había saltado, hacerle creer que te habías quedado solo y que intentabas aprovechar la ocasión para beberte una botella.

—¿Me encargo de él, señor?

—No. Los perros y yo somos suficientes. ¿No querías ir al combate? Pues puedes irte. Coge el coche pequeño y no digas nada a Sam... le amargarías la noche.

—Está bien.

Salió el otro y Thomas encendió un cigarrillo, sin abandonar su posición, seguro de sí mismo.

—¿Puedo saber a qué obedece su amable visita, señor policía?

—Venía a echar una ojeada.

—¿Buscando... el qué?

—Pruebas.

—¿De qué?

—De las granujadas que hacéis en los combates. De lo que mi amigo Carlo descubrió.

—¿Cómo sigue ese gran muchacho?

—Mejor.

—Lástima que no pueda recordar lo que vio, ¿verdad? Y lo que me temo es que va a ocurrirte lo mismo. Estamos empezando a estar hartos de tantos curiosos.

Doe no dijo nada.

Estaba plenamente convencido de que no tenía nada que hacer en aquella situación. Un movimiento y aquel sádico se complacería en echarle los perros,

que le destrozarían en un abrir y cerrar de ojos.

¿Qué hacer?

Pareció como si el otro leyese el curso de sus pensamientos.

—Es inútil que intente nada, policía. Y lo sabe muy bien.

—Es cierto.

—¿Se da entonces por vencido?

—Nunca.

—¿Qué quiere decir?

—Que de nada te valdrán tus baladronadas, granuja. Incluso si tus perros me destrozan, no escaparás al castigo que te espera. La SIP no perdona nunca a los tipos de tu clase.

—No me hagas reír.

Doe se había sentado sobre el borde del sillón y estaba calculando fríamente la distancia que le separaba del otro. Tres metros.

Sabía que iba a jugarse la carta más peligrosa de toda su vida y que lo que se disponía a hacer era una verdadera locura. Porque, incluso saltando sobre el otro y consiguiendo sujetarle, los perros, que evidentemente debían estar enseñados, se arrojarían sobre él, destrozándole la carne por la espalda mientras luchase con Barker.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó, para ganar tiempo.

—Esperar. Kerr vendrá hacia la madrugada. Y nos ocuparemos de ti, repitiendo contigo lo que hicimos con tu amigo.

—¿Y si prefiriese que los perros me matasen?

El otro se encogió de hombros.

—No creo que seas un suicida o un idiota. Esperarás tranquilamente, ya que es mucho mejor perder la memoria que la vi...

¡Había llegado el momento!

Doe dio un salto fantástico. Se había apoyado en las puntas de los pies para tomar impulso, haciendo lo mismo con los brazos, que fijó en los del sillón, saliendo disparado como proyectado por una catapulta.

Incapaz de evitar la masa que se le venía encima, Barker extendió las manos para parar el golpe, pero no consiguió nada.

No obstante y mientras caía de espaldas, rugió su orden a los perros:

—¡A él!

Pero Doe se esperaba ya aquella reacción.

Por eso, antes de caer al suelo, hizo que su cuerpo girase para conseguir que fuese Thomas el que cayera encima.

Gruñendo, pero sin atreverse a atacar, los mastines rodearon a los dos hombres.

Dink había sujetado al otro y lo tenía firmemente apretado con objeto de

impedirle el menor movimiento.

—¡A él! —rugió el otro, de nuevo.

Doe comprendió que su única salvación consistía en apoderarse de la pistola que, en aquellos momentos, estaba bajo las peludas patas de uno de los perros.

Tenía que hacerlo. ¡Y lo hizo!

Sin despegarse del cuerpo del otro, lo hizo girar sobre la alfombra, logrando que el perro retrocediese. Entonces, con un gesto brusco, consiguió empuñar la Special-Lüger, sonriendo cuando sintió el frío contacto de la culata en su mano.

—Ordena que se vayan esos bichos o te dejo seco.

—¡Dispara! Es igual. No saldrás vivo de aquí.

—¡Eso es lo que vamos a ver!

Uno de los perros le había arrancado ya, aprovechándose del movimiento que acababa de hacer, y Doe sabía que no podía perder mucho tiempo.

Estaba otra vez debajo de Barker, que se debatía furiosamente. Pero aquello no impidió que el hombre de la SIP lograse sacar el brazo armado, disparando contra el perro que estaba más cerca.

El animal se desplomó con la cabeza destrozada.

Doe, enardecido, siguió haciendo fuego. De nada le servían a su enemigo los mordiscos que intentaba dar a Dink, ni las sacudidas de su cuerpo. Demostrando poseer una puntería maravillosa, el hombre de la SIP fue matando perro tras perro, hasta que el último se desplomó sin vida.

Entonces, desasiéndose de Thomas, se puso en pie.

El otro estaba pálido como la muerte.

—¡Has matado a mis perros! ¡Canalla!

Doe preguntó:

—¿Dónde están los libros de Kerr?

—¿Con que era eso lo que buscabas?

—Sí. Y vas a decirme dónde están, No tengo mucho tiempo que perder.

—¡Vete al infierno! —rugió Barker.

Y, desesperado, quizá por la muerte de sus animales, se lanzó furiosamente sobre Doe.

La bala le pegó en plena boca, deteniendo el impulso de su marcha. Luego se desplomó y quedó inmóvil en el suelo.

Quince minutos más tarde, Doe abandonaba la casa, llevando bajo el brazo los libros que había encontrado en la caja fuerte del despacho de Kerr, que la maravillosa ganzúa magnética había abierto con una facilidad extraordinaria.

Estaba cansado, con el traje destrozado y cojeaba por la falta del tacón que uno de los mastines le había arrancado. Pero sonreía. Había conseguido la primera parte de su plan y sabía que el resto iba a ser sencillo.

No se permitió ni el menor respiro. Y en vez de dirigirse al hotel, apretó el acelerador tomando el rumbo de la casa de Rihl, pues tenía prisa y estaba dispuesto a terminar cuanto antes.

CAPÍTULO IX



IN embargo cambió de parecer y regresó a la ciudad, diciéndose que era mucho mejor esperar a la mañana siguiente.

Era como si las palabras de Donald sonasen en sus oídos, cuando le dijo que obrase con cautela. Porque, ¿quién le decía que Harold no le iba a preparar aquella misma noche un recibimiento parecido a la "recepción" de que, Barker le había hecho objeto?

Al día siguiente, muy temprano, tras una buena ducha fría, se vistió y tomó el coche para dirigirse a la casa de Harold.

Cuando llegó allí, el sol resplandecía, y quedó sorprendido al notar que estaba silbando una canción de moda.

"No estés tan contento —se dijo—. Todavía no ha terminado este asunto".

Preston le abrió la puerta y su rostro cambió de color al ver los libros que el hombre de la SIP llevaba bajo el brazo.

—Buenos días —dijo éste.

—Buenos días.

—¿Puedo pasar?

—Sí.

—¿Está Harold?

—Sí, pase usted.

Doe lo hizo y penetró en la lujosa habitación que ya conocía. Harold estaba allí y palideció también al ver los libros.

—Ya ve que he cumplido mi palabra —dijo.

—Es cierto.

—¿Son éstos los libros?

—¿Me deja examinarlos un momento?

—Sí.

Se los tendió, sentándose después frente a él.

Rihl abrió los libros, mientras se mordía los labios nerviosamente. Se detuvo a examinar ciertas páginas, viendo después, al final, los recibos que estaban todos firmados de su puño y letra.

Doe preguntó:

—¿Es eso lo que deseaba usted?

—Sí.

—Pues ya lo tiene. Ahora le toca a usted cumplir con lo prometido.

Harold levantó la mirada.

—Yo cumplo siempre —sonrió—. Pero tenemos que darnos prisa.

—¿Por qué?

—Porque Kerr ha debido darse cuenta ya de que faltan los libros. Y aunque no puede saber que han llegado a mi poder, puede sospecharlo y presentarse aquí.

—No tema.

—Nosotros... Preston y yo, como estábamos seguros de que nos iba a traer los libros, hemos preparado nuestro viaje en avión. Ahora mismo saldremos para el aeródromo.

—Lo comprendo, pero no sin decirme antes lo que deseo saber.

—No se preocupe. Se lo contaré por el camino.

—Me es igual.

Preston apareció con dos maletas y una cartera en la que Harold metió los libros. Por su parte. Doe estaba tranquilo, pero dispuesto a enseñar los dientes —léase Special-Lüger— a la menor sospecha.

No obstante, nada raro ocurrió y el agente comprendió que aquellos dos cobardes quisieran poner tierra por medio, ya que Kerr, si sospechaba la verdad, no tardaría mucho en presentarse en aquella casa con algunos de los pocos matones que le quedaban. Pero los suficientes para acabar con aquellos dos.

Salió con ellos y montó en la parte posterior del coche, junto a Harold, que empezó a hablar en cuanto el vehículo se puso en marcha.

—Como le dijo Preston —dijo—, supimos lo que Kerr hacía en los combates por una verdadera casualidad. Una noche, uno de nuestros púgiles fue llevado a la enfermería y tuvo que ser trasladado al hospital donde un joven médico nos dijo que aquel muchacho estaba intoxicado.

—¿Con qué?

—Habló de una sustancia que dijo se derivaba del curare. Bastaba una dosis pequeñísima para que el sujeto cayese como fulminado por un rayo.

—¿Y cómo se la daban?

—Tenía que tomarla por la boca y eso era lo difícil.

—¿Y bien?

—Kerr contaba con un amigo, el doctor Stuart, que es quien ha preparado todos los trucos de Sam.

—¿También recibe beneficios?

—Desde luego. Stuart es un hombre muy rico, gracias a los montones de billetes que le ha dado Kerr.

—Dígame cómo daban esa sustancia al púgil.

—De una manera muy hábil: untándola en uno de los guantes.

—¿Eh?

—Lo que usted oye, amigo. Ya sabe que se examinan los guantes para evitar que se metan objetos contundentes en el interior. Pero a nadie se le ocurre examinarlos ni analizar su superficie.

—Desde luego.

—Como el boxeador que los lleva está advertido, tiene sumo cuidado de no frotarse la boca con ellos y mantiene siempre los guantes alejados de su rostro, Luego, procura golpear en la boca a su contrario. Y alguna de las veces que da en los labios de su adversario, consigue que la sustancia venenosa pase a la boca del otro, que no tarda en caer fulminado.

—Pero no muere.

—No. La dosis ha sido cuidadosamente calculada para que parezca normal. Y si el boxeador cómplice sabe lo que hace, golpea, en el instante preciso, haciendo ver al público que ha sido él quien lo ha derribado.

—Muy interesante.

—Naturalmente, en el caso de Dyson, que convenía hacer callar, ya que fue uno de los que castigaron a su amigo, la dosis administrada fue mortal.

—Entiendo. Pero yo sé que Jo Howie estaba también allí.

—Eso he oído. Pero quien puede aclararle más las cosas es el doctor Stuart, que lo dirigió todo.

—¿Dónde vive?

—En Bellewue Avenue, en el número 3498.

—Gracias.

—Yo creo que las pruebas son suficientes, pero me parece que el doctor es el que puede dar más detalles que nadie.

—Así es.

El coche empezaba a adentrarse en la autopista que conducía al campo de aviación.

—¿Se van lejos?

—Lo más lejos posible.

—Temen a Kerr, ¿eh?

El otro torció el gesto.

—No es un enemigo cómodo.

—Ya lo sé.

Preston tomaba una curva cuando Doe observó a un coche que venía hacia

ellos. Tuvo la intuición de que algo iba a suceder antes de que ocurriese y se dejó llevar por su instinto, que tantas veces le había salvado la vida.

Abrió la portezuela y, sin preocuparse de la velocidad, se arrojó del coche, encogiéndose para sufrir el menor daño posible en la caída.

El otro vehículo había llegado a la altura del que conducía Preston y, como Doe había adivinado, un objeto negro cruzó matemáticamente el espacio y penetró por la ventanilla que Harold llevaba abierta, a su lado.

El coche de Rihl continuó su camino hasta que la explosión surgió de su interior, deshaciendo el vehículo en pedazos.

¡Habían lanzado una granada de mano en el interior del vehículo!

Al caer, con elasticidad como si fuese de goma. Doe se colocó de forma a arrodillarse lo más rápidamente posible, al tiempo que sacaba su pistola.

El coche de los agresores pasó por su lado, como una exhalación.

Pero Dink no perdió ni por un momento el control de sus nervios.

Hizo fuego tres veces, sabiendo que por lo menos una bala llegaría al destino que él deseaba: una de las ruedas posteriores.

El coche dio un bandazo, antes de detenerse, ya fuera de la autopista, y pasó rozando un poste de alta tensión, con el que no se estrelló por verdadero milagro.

Dos hombres salieron del interior.

Uno de ellos era Jo Howie, el hombre que junto a Dyson había golpeado a Daveira bajo las instrucciones concretas del doctor Stuart. Ambos estaban armados e hicieron fuego contra Doe que se había dejado caer al suelo, oyendo las balas silbar sobre su cabeza.

Disparó. Fue como si la mano del destino estuviese en su dedo índice, que señalara un final fatal para los que, por su desgracia, cometían el craso error de ponérsele enfrente.

Dos disparos y sus dos adversarios se desplomaron sin vida.

Cuando Doe llegó junto a ellos, no tuvo que esforzarse para ver la mancha negra que los dos hombres tenían entre ceja y ceja.

* * *

Doe, una hora más tarde, se detenía ante la puerta del piso quinto de aquel edificio magnífico que el doctor Stuart poseía en el corazón de la ciudad.

La consulta era por la tarde, lo que significaba que el agente de la SIP no se arriesgaba a encontrar enfermos en el interior de la casa. Por eso, con sumo cuidado, aplicó la ganzúa magnética contra la cerradura, sonriendo al ver que algo giraba suavemente en su interior, abriéndose la puerta con una suavidad extraordinaria.

Un largo pasillo se abría ante él.

Colgaban cuadros valiosos de las paredes y sólo había una puerta de cristal

traslúcido al fondo. Una gruesa y sedosa alfombra amortiguó sus pasos.

Nada más acercarse a la puerta de cristal, Doe oyó una voz agria que sonaba al otro lado, comprendiendo que alguien, podía ser el doctor, estaba hablando por teléfono.

—¡No me importa nada, Sam! ¡Allá vosotros!

—Esos libros no tienen ninguna importancia, ya que sólo demuestran la culpabilidad de Harold...

—¿Cómo? ¿Pusiste recibos míos en uno de ellos? ¡Imbécil.

—Bueno, eso es otra cosa. Si el coche ha sido destruido y los libros han ardido, podemos estar tranquilos. No, no te preocupes. Ese policía no podrá saber nada. Puedes estar seguro. Adiós...

Se oyó un golpe un tanto violento al ser colgado el aparato.

Luego nada.

Doe esperó unos instantes más antes de decidirse. Estaba ahora seguro de que el doctor se encontraba solo y no podía dejar pasar aquella estupenda ocasión.

Con la Special-Lüger en una mano, puso la otra en el pomo de la puerta y lo hizo girar por completo, empujando la puerta después. De pronto la empujó, abriéndola de par en par.

El médico estaba de espaldas, pero se volvió rápidamente como un relámpago, mirando fijamente a Doe.

Era un hombre alto, delgado, de unos cincuenta años de edad, de porte distinguido y aire autoritario.

—¿Qué significa esto? —inquirió.

—Muy sencillo. Que ha llegado el momento de pagar la factura, doctor.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ya lo sabe.

—No entiendo.

Doe sonrió.

—Tengo suficientes pruebas contra usted para enviarle a la Cámara Electrónica. Usted preparaba el veneno para untar los guantes, usted mató a Dyson y demás, y es lo que quiero que me explique, torturó científicamente a mi amigo Daveira.

—¡No puede demostrarlo!

—Ya lo sé, pero los del “Servicio de Ejecuciones” tenemos argumentos especiales para convencer a los más reacios.

—¡Quiero ver a un abogado!

—¿Le parece bien este?

Había lanzado el brazo izquierdo, haciendo que el punto de mira de la

pistola rajase la mejilla del médico de un modo brutal.

Éste retrocedió, mordiéndose los labios para ahogar el grito que pugnaba por salir de su boca.

—¿Hay bastante?

Y como el otro no contestase, le asestó otro golpe con el cañón, esta vez a la oreja izquierda, que casi la arrancó de cuajo.

—¡Basta!

—Eso es mejor. ¿Dispuesto a contestar?

—Sí.

—¿Qué pasó con Carlo?

El médico guardó unos instantes de silencio, como si reflexionase; después, decidido, se lanzó a hablar:

—Su amigo estaba viendo el combate, pero oyó decir algo a su espalda. Barker, que estaba allí, bastante borracho, se fue de la lengua y habló del tubo de "medicina" que se había utilizado para untar los guantes de Dyson.

—Siga.

—Su amigo fue lo bastante imprudente como para ir a los camerinos. Pero yo estaba sentado al lado de Thomas y sorprendí su maniobra, saliendo tras él después de avisar a Kerr.

—¿Qué pasó luego?

—Le sorprendimos cuando entraba en el camerino de Dyson, donde yo había dejado el tubo con el veneno.

—¿Y qué?

—Le sorprendimos por la espalda y Kerr le dio un golpe en la cabeza. Enseguida nos dimos cuenta de que se trataba de un agente de la SIP y pensamos que debíamos hacer algo, pero sin matarle.

—Le escucho.

—Bien. Fue entonces cuando se presentó Colbert, el inspector de policía. Y juntos pensamos algo para resolver aquel problema. Entonces yo dije que había que simular una pelea pero que, al mismo tiempo, teníamos que estar seguros de que aquel hombre no recordaría jamás lo que había oído.

—¿Cómo se las arreglaron?

—Le hicimos pasar corrientes por la cabeza, como único medio de borrar las imágenes últimamente grabadas en el cerebro. Por desdicha, tuvimos que improvisar un aparato y por eso le dañamos la vista, ya que se produjeron algunos chispazos muy fuertes, al formarse cortacircuitos.

—¿No tenían miedo a matarlo?

—Mucho. Porque sabíamos la existencia del "Servicio de Ejecuciones"; pero cuidé de que no pasaran nunca más de 90 voltios por el cerebro de su

amigo. Fue eso, precisamente, el limitar la fuerza de la corriente, lo que produjo las chispas que estuvieron cerca de dejarle ciego.

—Muy interesante. ¿Se da cuenta de lo que ha dicho?

El otro sonrió, pasándose los dedos por los labios.

—Perfectamente.

—¿Sabe que esto va a conducirle a la Cámara Electrónica?

Sin dejar de sonreír, el otro hizo como si se asombrase.

—¿Cómo? ¿No va a matarme usted?

—No.

—¿Por qué? Yo creí que el "Servicio de Ejecuciones" obraba sólo de esa manera.

—Lo necesito como testigo.

—No sabe cuánto lamento no poder servirle de nada.

—¿Qué quiere usted decir?

Se había puesto intensamente pálido y tuvo que apoyarse en el borde de la mesa que tenía al lado, aunque de poco le sirvió, ya que cayó de bruces y quedó inmóvil.

Doe comprendió lo ocurrido.

Había un tubito sobre la mesa, que el médico había tenido siempre cubierto con su cuerpo y de donde debió sacar un poco de veneno que luego se llevó a los labios, en un gesto tan natural que no llamó la atención del hombre de la SIP.

Doe cerró los puños, tras haberse guardado la pistola.

—Es igual —dijo en voz alta—. Tu confesión ha sido hecha y a pesar de no estar escrita, servirá para juzgar a Kerr, que no escapará por mucho que haga.



CAPÍTULO X

OE sabía dónde podía encontrar a Kerr.

Sólo lo conocía por las fotos que había visto de él en los periódicos. Por ellas sabía que era un hombre bajo, regordete, con un vientre repugnante y un desagradable aspecto de babosa.

Tenía que estar en “Las Lilas”.

Después de la matanza que había descubierto en la casa, con los cadáveres de los perros sirviendo de marco al de Thomas, debía de estar reflexionando, teniendo ya noticia de la muerte de los dos tipos que había enviado a lanzar la granada al coche de Harold.

No debía de estar muy tranquilo.

Y hasta era posible que estuviese preparando el equipaje, ya que las cosas le habían salido bastante mal.

Caía ya la tarde cuando, después de registrar cuidadosamente el piso del doctor, Doe salió de él, cerrando la puerta y diciéndose que había llegado el momento de levantar el telón para el último acto de aquel drama.

Subió al coche, dirigiéndose de nuevo hacia “Las Lilas”, ante cuya puerta se detuvo, no sorprendiéndose al ver que el guardián estaba allí y que al abrir la puerta se le quedase mirando como si viese a un fantasma.

Pero Doe no le dio tiempo a reflexionar demasiado.

Un golpe en pleno plexo solar demostró al ex púgil que había perdido muchas de sus facultades. Y, reverencioso y amable, se inclinó, por efecto del golpe, permitiendo que Dink enlazase un gancho que mandó al portero a la región de los sueños.

Doe no tenía ganas de complicarse la vida y ató al exboxeador, dejándolo en el interior de la garita. Luego abrió la puerta y pasó con el coche, ya que no quería de ningún modo dar a entender a Kerr que tenía miedo.

Paró ante la puerta. El primer disparo dibujó una estrella en el parabrisas; pero Dink se había agachado a tiempo y salió, por la puerta del lado opuesto, con la Special-Lüger en la mano.

Le gustaba aquella manera de reaccionar de Sam, ya que así no habría complicación alguna, puesto que el otro sabía con certeza que iba sencillamente a por su pellejo.

Oyendo silbar las balas, Doe atravesó el espacio abierto y llegó junto a la

fachada, por uno de los lados. Sin perder impulso saltó y atravesó la ventana, en medio de un estrépito enorme producido por los vidrios que rompía a su paso.

Elástico como un gato, aterrizó de pie, encontrándose en una salita que no conocía y hacia cuya puerta se dirigió, adivinando que al otro lado estaba el *living*.

Por fortuna, su sexto sentido le hizo avanzar tangencialmente hacia la puerta, ya que las balas del arma de su enemigo convirtieron la madera en un colador.

Ahora sabía que Kerr tenía una pistola ametralladora: pero no estaba dispuesto a permitir que su enemigo se aprovechase de esta ventaja.

Tomó impulso y corrió hacia la puerta, abriéndola y pasando al otro lado a toda velocidad. Como esperaba. Kerr había abandonado el *living*, subiendo al piso superior y buscando en el último tramo de la escalera un refugio que consideraba seguro.

¡El muy iluso!

Una nueva ráfaga destrozó la jarra, la botella y los vasos que había sobre la mesita del centro.

Doe disparó a su vez.

Tenía que subir por la escalera y no sentía miedo alguno, sabiendo que podía dominar, o al menos intranquilizar, psicológicamente, a su enemigo, poniéndole nervioso.

Así que se acercó a la escalera, pero fuera de la línea de tiro del otro:

—¡Eh, Sam! ¡Estás perdido! ¡Mejor es que te rindas! —gritó.

—¡Sube por mí, perro, si te atreves!

—Ya sabes que lo haré.

—¡Pruébalo y te rellenaré de plomo!

—Claro que lo haré. Ya sabes que no hay piedad para ti. Has perdido la partida y no tardarás mucho en irte de cabeza al infierno.

—¡Asqueroso polizonte!

—¡Estás furioso! ¿eh? Ya no volverás a ganar tanto dinero, granuja... ¿Sabes cómo ha acabado el doctor Stuart?

—¡No me engañarás con tus mentiras!

—Bien sabes que no te engaño. Estuve allí, y le sorprendí cuando te telefoneaba.

—¡Eso no es cierto!

—Lo es. Estaba preocupado por los libros y se puso furioso cuando supo que habías colocado recibos suyos en uno de ellos.

—¡No podrás probar nada!

—¿Tú crees?

—¡Sí! Los libros han ardido en el coche.

—Es cierto, pero no me creas tan tonto. Saqué fotocopias, hoja por hoja.

—¡De poco te va a servir!

—Todos tus amigos han muerto, Sam. ¿Lo recuerdas?

—¡Vete al diablo!

—Todos, Kerr: Dyson, Collins, Barker, Howie, Dak, Rihl, Preston, el doctor, ¿Te das cuenta de la limpieza que he hecho?

—¡Te mataré!

—Bien sabes que no. Seguro que estás temblando...

—¡Perro!

—Confiesa que estás nervioso. ¡Confiésalo!

—¡Mientes!

—Voy a demostrártelo. ¡Allá voy!

La ráfaga cortó el aire.

—¿Te das cuenta, Kerr? ¡No puedes más! ¡Tira el arma!

—Sube por ella si eres tan hombre como presumes.

—¡Ahí voy!

Una nueva ráfaga demostró el estado de los nervios de Kerr.

Doe estaba contando los disparos, procurando no equivocarse. Sabía que el total del cargador era de ciento ochenta y qué cuando se terminase, tendría tiempo de lanzarse al ataque antes de que Sam pudiera cambiarlo.

—¡Sam!

—¿Qué quieres?

—¿Por qué no te rindes?

—¡Vete al infierno!

—Ahí es donde tú irás dentro de poco. Y ya empiezo a cansarme de esperar. ¡Voy por ti, granuja!

Disparó y el otro se alocó, dejando salir una larga ráfaga de su arma.

—Ciento setenta y circo —contó mentalmente el agente de la SIP.

—¿Por qué no vienes? —rio Sam.

—¿Crees que tengo miedo?

—¡Claro que sí!

Doe se dijo que había llegado el momento de jugarse el todo por el todo. Quedaban cinco balas en el arma de Sam y tenía que pelear contra aquella última ráfaga, ya que si no subía las escaleras le daría tiempo a cambiar el cargador.

—Lo hago por ti, Carlo —se dijo—. Haz que tenga un poco de suerte.

—¿Vienes? —insistió el otro.

Doe se mordió los labios.

Disparó tres veces, antes de saltar al otro lado.

¡Ta-ta-ta!

Tres balas que se incrustaron en la pared.

Hizo fuego de nuevo, ya en el primer tramo de la escalera, corriendo luego como un loco en busca del refugio que le brindaba el ángulo muerto.

¡Ta! ¡Ta!

Los dos últimos disparos, pero uno de ellos mordió en su hombro, aunque ligeramente, produciéndole una sensación de intolerable dolor.

No se detuvo por eso y continuó corriendo hacia arriba, porque sabía que cada segundo que pasaba era precioso.

Y, en efecto, cuando llegó ante Kerr, éste estaba terminando de colocar el nuevo cargador.

¡Pam!

Apenas si se oyó el ruido. Pero una mancha negra, de la que pronto empezó a surgir sangre, apareció como por ensalmo entré las cejas de Sam, que se desplomó pesadamente, dejando escapar la metralleta que tenía en las manos y cuyo choque amortiguó la densa alfombra que cubría el suelo.

Doe se quedó contemplando el cuerpo de su enemigo.

Era como si una especie de cansancio enorme hubiese caído sobre él. Después de haber terminado, se sentía agotado, pero dichoso al mismo tiempo.

Abandonó la casa.

No hizo caso al guardián que estaba en la garita, sabiendo que pronto vendrían a buscarlo.

Condujo sin prisa de vuelta a la ciudad, deteniéndose ante la Central de Policía. Entró en el edificio y preguntó a un agente que había de guardia:

—¿El inspector Colbert?

—En su despacho, señor. ¿Llamo a alguien para que le acompañe?

—No, gracias. Ya conozco el camino.

Subió al piso, deteniéndose ante la puerta del despacho de Colbert, a la que llamó con los nudillos.

—Adelante.

Colbert levantó la mirada, clavando sus agudos ojos en el rostro cansado de Doe.

—¡Ah! —exclamó—. Es usted.

—¿No me esperaba?

—Aún no.

—Pues se equivoca. Todo ha terminado.

—¿Qué quiere decir?

—Que he acabado mi trabajo: acabo de matar a Kerr.

—Le felicito.

—También han muerto muchos más.

—Lo sé.

—He averiguado lo que se hizo con mi compañero Daveira.

—¿Sí?

—Sí. Lo martirizaron horriblemente.

—Pero ya ha castigado a los culpables.

—A casi todos.

—¿Queda alguno?

—Uno.

—¿Quién es?

—Usted.

Colbert pestañeó.

—Supongo que tendrá pruebas.

—Sí. Los recibos que firmó usted, a Sam por las cantidades que recibía.

—Muy interesante.

Doe adivinaba que el otro estaba tenso y que su agresión se producirla de un momento a otro.

—No quiere entregarse, ¿verdad?

Colbert sonrió.

—No. ¿Para qué? Lo mejor es jugar la baza de un golpe.

—No está mal, después de todo. Yo sé que se prepara a atacarme y yo estoy dispuesto a impedirlo.

—Lo sé.

—¿Preparado?

Era como un antiguo duelo, pero, al mismo tiempo, Doe sentía asco hacia aquel hombre y ansia de terminar de una vez.

Empezaba a estar cansado de verdad.

Pudo la curiosidad más que la prisa.

—¿Por qué lo hizo, Colbert?

—¿El qué?

—Mezclarse en ese juego sucio.

—Muy sencillo. Ganaba poco y quería tener tanto dinero como otros.

—No ha conseguido nada.

—Eso depende del punto de vista de cada uno. Yo he sido feliz... a mi manera.

—¿Quién mató a Dory?

—Yo. La degollé cuando imaginé que usted iba a interrogarla.

—No puedo esperar más.

—Ni yo tampoco...

Fueron al mismo tiempo en busca de sus armas.

Pero por muy rápido que fuese Colbert, Doe era, no lo olvidemos, el eje del Servicio de Ejecuciones.

Colbert se desplomó sin vida sobre la mesa.

Entonces, Doe descolgó el teléfono y pidió conferencia larga distancia, con urgencia.

Y cuando la voz de Callowan llegó hasta él, dijo:

—Todo ha terminado, señor.

—Lo esperaba.

—¿Y Carlo?

—Mucho mejor. Ha preguntado por ti.

—Dígale que llegaré esta misma noche.

—De acuerdo. Pero no le cuentes nada. Es mejor que lo ignore todo... Porque, ¿qué puede importarle lo ocurrido? ¿No te parece?

—No le diré nada, señor. Lo prometo.

—Gracias, muchacho.



COLECCIÓN S. I. P.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
52.— ¡Callowan culpable!.— *Alan Star*
53.— ¡S.I.P. contra la ley!.— *Johnny Garland*
54.— Un gangster en la S.I.P.— *Alan Star*
55.— Tela de araña.— W. Sampas
56.— Trampa para caballeros.— Alan Star
57.— ¡S.O.S., Tierra!.— *Johnny Garland*
58.— Tráfico inhumano.— *Alan Star*
59.— Space boys.— *W. Sampas*
60.— El supercerebro.— *Johnny Garland*
61.— Locura dirigida.— *Alan Star*
62.— Póquer de damas.— *Alan Star*
63.— Cadáveres incompletos.— *W. Sampas*
64.— Asesinos en la Tierra.— *W. Sampas*
65.— Poder infernal.— *Alan Star*
66.— Ladrones de tumbas.— *W. Sampas*
67.— Piratas submarinos.— *W. Sampas*
68.— ¡Ultimátum! .— *Alan Star*
69.— Ojo por ojo.— *Alan Star*
70.— Huellas sobre la arena.— *W. Sampas*
71.— ¡Pánico! .— *Johnny Garland*
72.— Sinfonía en luger sostenido.— *W. Sampas*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

El hombre que conocía el secreto de aquel misterioso cofre blindado había muerto, dejando en el interior de la caja el...

LEGADO DE UN "GANGSTER"

¡El «suspense» aumenta a cada página!

Precio en España: 7 ptas.

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

[redacted]

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 11 pesos.